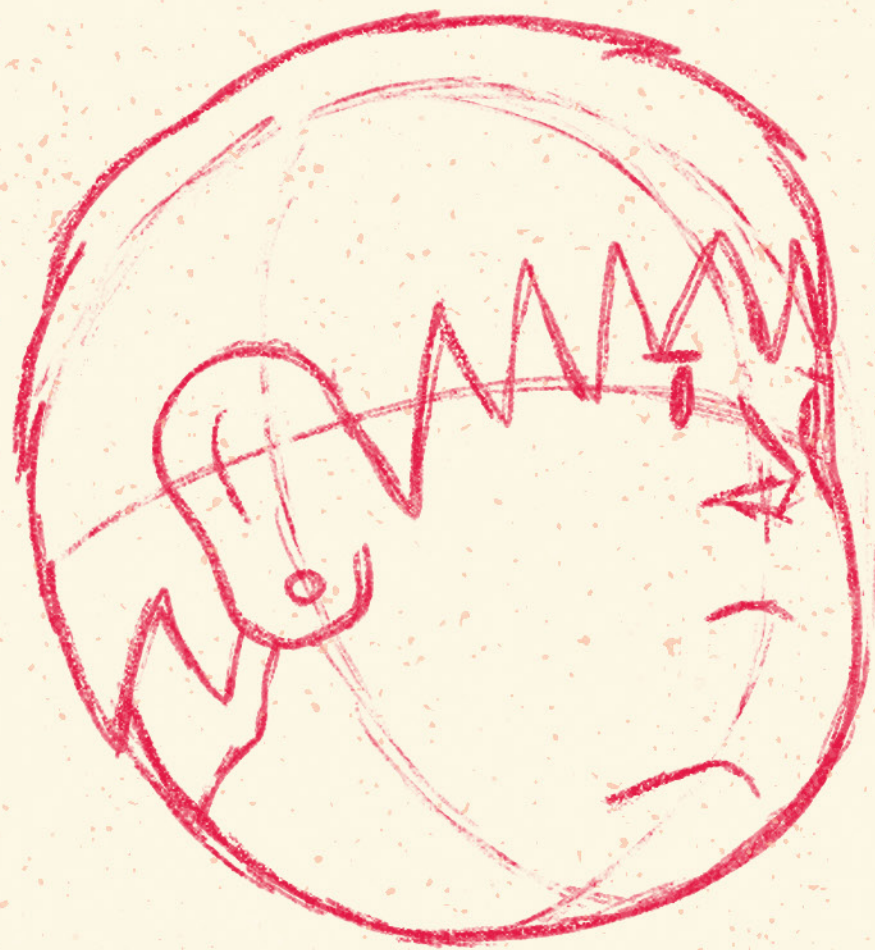


Le odio con afecto



Experimentos de escritura creativa



e imaginación narrativa



Universidad EAFIT

Le odio con afecto

Experimentos de escritura creativa
e imaginación narrativa

Universidad EAFIT

Le odio con afecto: experimentos de
escritura creativa e imaginación narrativa

© Matilda Lara-Viana y
Juan Pablo Pino-Posada (editores)

© Dirección de Investigación Universidad EAFIT

ISBN 978-958-5145-27-6

Primera edición
Medellín, 2024

Diseño y diagramación
Cristian Escobar

Ilustraciones
Alejandro Metaute Arango

Corrección de estilo
Laboratorio LEES, EAFIT

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra debe hacerse bajo los términos de la licencia



Índice

Prólogo	7
Experimentos	
1. Visiones paralelas	
Los ojos que admiran – Liliana Nieto	10
Sótanos pediátricos - Luisa Montoya	12
Voces de la escuela – José Dionisio Calderón	13
2. Camino a las rejas	
Te creo – Matilda Lara Viana	16
Sobre el dolor de dañar a un hijo - Estefanía Cardona León	18
Separación - Juan Simón Benjumea	20
3. ¿Contaría sus fechorías?	
Ahora, agonizo – Manuela Ramírez Hincapié	22
Eco de un crimen – Miguel Echavarría Vásquez	23
Olvido – Liliana Nieto	26
4. El padre opuesto	
Ella, ella y yo - Verónica Curátola	28
Temporada de toques de queda – Luisa Montoya	30
Despertar al viaje - José Dionisio Calderón	32
5. Identidad compartida	
Realidad y fantasía - Manuela Ramírez Hincapié	34
El Poirá – Miguel Echavarría Vásquez	36
6. Inmoralistas	
Sombras de gigante - Estefanía Cardona León	38
Historia de lo que nunca fue un tabú - José Dionisio Calderón	40

7. La noticia del otro

Ruinas – Juan Simón Benjumea	43
Maritza de Rodríguez - Verónica Curátola	44

8. Anaqueles

Dos neonatos - Luisa Montoya	47
Salvar el mundo una pinta a la vez - Estefanía Roncancio Vergara	48
Tienda Los oficios – Juana Castro Vargas	50

9. Autorretrato

Desde tus ojos – Matilda Lara Viana	52
Descripción de un reflejo – Juan Simón Benjumea	54
Confesarte algo como si estuviéramos en terapia – Juana Castro Vargas	55

10. Secreto a la madre

Conciencia - Estefanía Cardona León	57
A mi mamá muerta – Miguel Echavarría Vásquez	59
Querer - Anónimo	61
Problemas personales - Estefanía Roncancio Vergara	63

11. Objetos parlantes

Detenido en el tiempo – Matilda Lara Viana	66
Amar los días soleados – Manuela Ramírez Hincapié	67
Historias Cruzadas - Caterin Bibiana Giraldo Giraldo	68

12. Escritura inquisitiva

Paralelismos - Caterin Bibiana Giraldo Giraldo	71
Nuestra madre - Verónica Curátola	72
Eat time X 3 - Estefanía Roncancio Vergara	74
Nudillos sabe pronunciar la R y Bruno la P – Juana Castro Vargas	76

13. Rutina antagónica

Así soy yo – Manuela Ramírez Hincapié	78
La forma de la sangre - Caterin Bibiana Giraldo Giraldo	79
Paquito – Matilda Lara Viana	81

Bibliografía	82
Autores	87

Prólogo

Este libro es el resultado de un proceso lento, rumiado y paciente de escritura creativa para estimular la empatía. Es el fruto de un año de experimentos de Sin-H, el Semillero de Investigación en Narrativas y Hermenéutica Literaria en articulación con el proyecto interno Literatura, Vida buena y Convivencia, financiado por la Vicerrectoría de Ciencia, Tecnología e Innovación de la universidad EAFIT. Es un intento por responder a una pregunta: ¿pueden las escrituras creativas fomentar la empatía?

Para este propósito nos adentramos en libros que teorizan y ejemplifican la escritura creativa e identificamos en ellos ejercicios que, aunque planteados con otros propósitos, fueran potentes detonantes de imaginación narrativa; esto es, según Marta Nussbaum, la capacidad de entender inteligentemente la vida y el relato del otro. Con nuestra pregunta en mente, seleccionamos dichos ejercicios y a continuación los adaptamos y los sometimos a prueba. Finalmente, obtuvimos trece experimentos de imaginación narrativa que nos permitieron comprender algunas de las formas en que la escritura de ficción puede ser puesta en servicio de cometidos conscientemente éticos.

Los ejercicios resultantes piden a la persona que escribe que se sitúe en posiciones en las que no ha estado antes y le exigen ir más allá de los lugares comunes de la escritura. Para ello, la invitan a que narre situaciones incómodas, que persiga los matices y tenga en cuenta la complejidad de los sujetos que imagina. Así, quien escribe puede reconocerse a sí mismo, a la otredad y al otro conflictivo como sujetos individuales que viven, piensan y sienten.

El resultado es este libro. Un conjunto heterogéneo de voces que se reúnen para mostrar al lector cómo la literatura, y más específicamente la escritura creativa, puede estimular la empatía y, con ello, contribuir a la buena convivencia con quienes percibimos como diferentes. De ahí que en este libro aparezcan asesinos en su lecho de muerte, madres que ven a su hijo ir a prisión, familiares molestos, discusiones acaloradas, objetos parlantes, hospitales, tiendas, matemáticos, artistas, estudiantes, secretos nunca antes dichos y reflejos conmovedores en el espejo.

El lector tiene ante sí un collage multiforme y polifónico. Aquí colaboran doce semilleristas que durante un año se preguntaron por la ficción, por sus afectos y sus odios, por el clásico problema de la ética y la estética; semilleristas que mediante la investigación y la creación procuraron comprender mejor a la otredad, cuestionaron los automatismos en ciertas percepciones y perdonaron al yo herido.

Este libro es, también, una invitación a quien lee: una provocación a que se aventure con el desacomodamiento y la desazón creativa de tal suerte que las visiones de mundo se amplíen y con ellas el espacio para tanto huésped que ronda nuestras mentes y nuestras casas.

Los editores

Matilda Lara Viana y Juan Pablo Pino

Febrero de 2023

1

Visiones paralelas

Reescriba una misma situación desde la perspectiva de un médico, un matemático y un artista plástico. Piense, ¿en qué detalles se detendría cada uno? ¿Cuáles serían las palabras que utilizaría para relatarlo? ¿Cuál sería su opinión de la situación? Desarróllelo en máximo una cuartilla.

Los ojos que admiran

Llegué tres horas antes de que abrieran la galería, exageradamente temprano, pero qué puedo decir, la emoción no me hubiera dejado actuar de otra manera, aunque así lo quisiera. Nunca había visto ninguna de mis obras en un lugar tan refinado, me acostumbré a rincones insignificantes por donde las miradas fingen interés, o descaradamente expresan indiferencia. Que alguien se detenga por unos pocos segundos ante mi escultura es algo que pocas veces he visto. La verdad es que ni yo soy capaz de detenerme ante ellas, pues empiezan a torturarme los imperfectos que dejé pasar y me recuerdan mi incompetencia. A pesar de ello, alguien decidió que, con todo, mis obras valen la pena. La pieza favorita de todos es “El torso”; no obstante, desde mi parecer, muy simple, si bien genuina. No es un torso de modelo ideal, es uno de mujer, con senos naturalmente caídos, naturalmente desviados, estómago llenito y un par de rollitos, nada del otro mundo. Sin embargo, la naturalidad es lo que a la gente más le extraña.

Quiero decir... no está mal. Es interesante la curvatura de la parte superior de los senos, parece ser semejante a una catenaria; tal vez media catenaria. Aunque es molesta la ausencia de simetría en la desviación lateral. ¿Cómo lo habrá diseñado? Hecho a mano podría apreciar la imperfección, pero si viene de un diseño digital, me parece un desperdicio. Hoy en día podemos aspirar a producir simetría con un error mínimo; quedarse con la desproporción es ignorancia pura.

—Veo que le llama la atención el torso, es el favorito— dijo el artista de la obra, interrumpiendo sus pensamientos.

—Eh... sí, sí... Muy bello— ¿El favorito? ¿Según quién? ¿Qué tan amplia es la muestra de respuestas para hacer esa afirmación, y cuál es la probabilidad que esas respuestas hayan sido mentiras? Yo, por ejemplo, aunque no mentí, no diría que es mi favorito. Me incomoda mucho esa asimetría.

Hmmm, ¿lo habrán hecho con un molde? Podría haber sido esculpido con la imaginación del artista. Seguro sí. Si lo miro de lejos no se ve tan mal, pero... es difícil de ignorar. Lo que pasa es que, si es tomado directamente del cuerpo de una mujer, esa asimetría en el tamaño y la textura del seno derecho... ¿Carcinoma ductal?, seguro no es nada. Tengo que salir más seguido. ¿Puedo salir más seguido? Debería, me lo merezco. La próxima semana... no puedo, pero la que sigue. Hmmm, la textura. La textura podría darse por la naturaleza del material, pero si eso fuera, estaría reflejado en ambos senos. El tamaño es lo que verdaderamente me molesta. Aunque seguro el artista no lo hizo con un molde, sería muy fácil y no lo hubieran exhibido. Pero incluso si no lo hizo con un molde y replicó algo que veía, imagino que, con exactitud... es un artista con un lugar central en la galería... Sería prudente saber quién es la modelo, por las dudas. Pobre mujer.

Sótanos pediátricos

Me paseé por la casa casi toda la tarde con ella en los brazos, aplastándome la barriga. Comió, durmió y jugó en mis brazos. Vimos televisión en el mueble, ella no se despegó. El día anterior en la noche la había visto, y corrió para esconderse. Pudo verla llorar. Entonces, mientras comía sentada en el mueble, me preguntó si ella sabía que no podía verla hasta que estuviera bien, hasta que mejorara. Le expliqué que su mamá sabía, y que estaba tranquila porque papá es médico y tiene la situación bajo control, que en serio estaba tranquila porque conoce a los amigos de papá desde siempre y sabe que son los hombres más inteligentes del mundo.

Exagerar la realidad es cada vez más difícil cuando tienes hijos creciendo. La niña no es mi hija, pero he estado ahí cuando necesita explicaciones. ¿Cómo le haces creer a una niña de seis años que su mamá la dejó? Le dices que el tío Alfredo le puede explicar después, que tú, el tío Darío... le puedes asegurar cuándo la vuelve a ver. Coges el tablero con el que juega y haces cálculos que la ponen a pensar rápido. Exageras, juegas en sus términos, con números traducidos en su muñeco favorito. Tres Tobis son las veces que tu papá te lleva al laboratorio, y equivalen a un mes con Mickey para la mamá. “¿Qué es un mes con Mickey, tío Alfredo?”

Un mes con Mickey, el novio de mamá, son un montón de días de felicidad para ella, le explico. Viajan juntos, se divierten. Seguro le cuenta historias de ti a él. Con él hace todas las cosas que podría hacer contigo porque él es un tipo sano y fuerte. Tu mami es frágil y necesita personas fuertes, le digo. Cuando me pregunta: “Tío Alfredo, ¿y es que yo no soy fuerte?”. Le cuento que hay diferentes tipos de fuerza, y que ella posee la fuerza creadora, como yo. Que el precio es estar enfermo, a veces de la mente y a veces del cuerpo. Se es una persona genial, creativa, a costa de uno mismo.

—Un genio como mi papá.

—Sí, también a costa de la familia.

Voces de la escuela

I Un mal cálculo

Ayer se enteró de todo, E-21 se lo contó. Ese es el bullicio en la puerta del salón, son más de seis metros, pero alcanzo a escuchar el ruido de las conteras desgastadas. Está celosa porque E-21 se lo dijo. Yo llegué sumando puntos, por ser el nuevo y el de mejor semblante; me di el gusto de escoger, insistí solo un poco, ninguna dificultad. No es mi culpa que la otra sea fea y lisiada, alguien debía ponerla en su sitio. E-21 no es como ella, porque yo sí le doy lo que le gusta. A estas muchachas hay que corregirlas, ya están en edad para probar la sal.

II El informe médico

El personal médico encontró una adolescente de 17 años con politraumatismo craneal cerrado, laceraciones en la sien derecha y pérdida del incisivo superior derecho, producto de una riña con otra compañera; se remite a tomografía en el hospital de tercer nivel de la cabecera municipal. En la estudiante agresora, también de 17 años, se evidenció un par de contusiones superficiales en el brazo derecho, las cuales no revisten mayor preocupación; es necesario indicar que esta menor presenta amputación de su extremidad inferior izquierda desde hace 8 años, por lo cual usa muletas que le han causado una tromboarteritis.

III

El arte de mentir

Ella también sabe reconocer esas miradas, lo sabe desde que me encontró mirando al nuevo por la ventana del salón de artes. Por eso, después de armar el escándalo, corrió hasta donde yo estaba. En esta escuela, perdida entre las últimas montañas, la protección es escasa. Aquí todos hacen lo que quieren, como el nuevo, que volvió una moda lo de cambiar nombres por códigos, con la excusa de promover las matemáticas, luego descubrí lo machista que es realmente. Ella también lo descubrió, por eso le gritó “morbo y perverso”. A E-21 le dijo “puta y fácil” mientras la golpeaba con las muletas. Todos tienen sus secretos, pero algunos secretos pesan más que otros. En la escuela soy el único que conoce su pasado: tenía nueve años y vivía en su vereda, iba a estudiar, tomó otra trocha para ahorrar camino y pisó una mina antipersona, de esas que dejó la guerrilla. La trasladaron a esta escuela hace dos años. Desde su primer día de clase lo supe, solamente dibujaba a sus compañeras, en especial a E-21.

2

Camino a las rejas

Narre el flujo de conciencia de una madre que, tras la condena de su hijo a cadena perpetua, lo ve caminar hacia la prisión. Desarróllelo en primera persona y en máximo una cuartilla.

Te creo

¡No! ¡Es un error, es un error! ¡Por favor, alguien! ¡Todo esto es un error! Andrés no te pares, quédate ahí sentado, ¿por qué te estás poniendo de pie? Corre, por Dios, Andrés, ¡haz algo! ¡No! ¡Andrés, por favor, no! Por favor, no. Por favor. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? ¿Qué? ¿Andrés? Tú no puedes estar ahí, no perteneces ahí, es un error... Es un error.

Dios mío, ¿qué hice para merecer esto? ¿Cómo es esto posible? ¿Qué puedo hacer ahora? Es muy tarde y yo no tengo nada. No tengo nada. No tengo. ¿Qué más puedo hacer? Quiero gritar. ¡Esto es un error! ¡Mi hijo es inocente! Él no lo hizo, no fue él. No fue él, fue el otro, ese, aquel, el que está ahí sentado y sonriente. ¿Qué puedo hacer? Por Dios santo, que alguien me ayude.

Mírame, Andrés, por favor. Dame una mirada antes de marcharte. Déjame, por lo menos, despedirte con los ojos. Voltéate, hijo, date vuelta. Por favor déjame ver una vez más tu mirada tierna. ¿Por qué no te volteas? Lo único que quiero es verte libre una vez más, aunque tu sentencia haya sido ya dada, aunque te hayan acusado y castigado injustamente. Mírame, Andrés, ¡mírame!

¡Quítale las manos de encima maldita sea! Él puede caminar solo, no hay ninguna necesidad de tratarle como a un animal. ¿No les basta con todo lo que nos han hecho? ¿No les basta con habernos despojado de todo? Nos quitaron todo: nuestra energía, nuestro dinero, nuestra esperanza. ¡Todo! ¿Qué están haciendo? Por Dios, mi hijo no es un criminal, es un niño, un chiquillo. ¡Suéltelo!

Él nunca la tocó, fue el otro, ese tipo inmundo que quiere hacer creer a todos que Andrés es culpable. Él la estaba ayudando, ¡por Dios! Ella estaba indefensa y él la estaba ayudando. ¿Por qué tenías que estar ahí, Andrés? Eres inocente, lo sé. Yo te creo, aunque nadie lo haga. Lo veo en su rostro, veo la culpa. Él lo tiene todo y nosotros nada. No somos nadie, ¿quién va a creernos?

¿Y ahora qué voy a hacer sin ti? ¿Qué voy a hacer tan sola? ¿Quién me va a preparar el tinto en la mañana? ¿Quién me va a leer poemas que no entiendo? ¿Con quién voy a ir al banco? ¿A quién le voy a desear las buenas noches? Jamás en mi vida pensé que viviríamos algo así, y menos contigo. Yo te creo, Andrés. Yo sé que eres inocente, pero ¿qué puedo hacer? Ya no me queda nada. Ya no me quedas tú, solo yo, y yo no soy nadie. Ellos me lo han robado todo y ya no hay nada que pueda hacer.

Sobre el dolor de dañar a un hijo

No puedo dormir. No, no quiero. Si cierro los ojos, yo... yo lo veo a él, corriendo rápido detrás de ese balón que le compré para el cumpleaños, hace ya tiempo; quitándose de la cara el mechón de pelo que le estorbaba para jugar, ese hermoso pelo crespo; entrecerrando los ojos para reír. Yo lo conozco, es mi niño, pero esa figura que sueño ya no es él. Tal vez nunca lo ha sido, seguro fue solo un invento de mi amor. La gente me decía que yo lo idolatraba, sí, pero cómo no hacerlo, es mi orgullo. Él es muy rápido, el mejor del equipo, ganó hace poquito un partido importante; eso es lo único que le interesa, el fútbol. Yo siempre he estado orgullosa de esos pies, sí, mi muchacho, él es diferente a su papá.

No me di cuenta de que había gritado tanto, yo solo quería que me mirara, que me mirara a los ojos y me dijera que él no había hecho nada. Yo lo esperaba. No, yo lo sé, no voy a pecar por falta de fe. Quería decirle, hijo, que no agache la cabeza. Usted no hizo nada malo. No se avergüence. Yo sé, en cada foto y video que me obligaron a mirar, que ese no era usted. No, no, no es, pero me puse a llorar, hijo; yo no podía parar de llorar cuando lo vi, perdón, es culpa mía, no dije nada.

Ellos me decían que yo lo consentía mucho, que el niño se me iba a volver caprichoso, ¿será que se estropeó por exceso de amor? No, eso no es posible, él es muy bueno. Yo lo sé, estoy segura, pero si abro los ojos me derrumbo, se me quiebra la imagen de mi hijo cuando lo veo caminar con la cabeza agachada, mirando al suelo. ¿Cuándo creció tanto?, ¿cuándo se metió en eso?, ¿por qué no escuché lo

que la gente me decía?, ¿por qué fui tan ciega? Él mismo me había alertado: salía tarde, me hablaba bruscamente, dejó de mirarme. ¿Yo por qué no lo vi? Yo, que lo vi nacer, que lo vestí y le di de comer, que lo miré con obsesión para que no se me escapara un instante de su existencia, ¿por qué no lo vi?, ¿por qué no me di cuenta! A ese niño le faltó mano dura, sí, eso fue, me equivoqué.

Fue culpa también de su papá, a los niños les hace falta crecer con la figura de un hombre en la casa. Y luego llegó ese muchacho, ese Felipe. Mi hijo lo está encubriendo, yo sé. Lo supe desde que lo vi entrar a la casa por primera vez. Yo le dije que no se juntara con él, ¿Por qué no me hizo caso, Samuel? ¡Samuel, no sea bobo! Eso no es lealtad. Si usted no hizo nada malo es mejor que diga la verdad. A usted lo obligaron a hacer eso. No tenga miedo, hijo. No le tenga miedo a esa gente. Yo solo quiero que me mire. Míreme a los ojos, Samuel. Déjeme mirarlo... pero ¿cómo le pido que diga la verdad si yo nunca puse la cara? Yo lo obligué a decir que no estaba en la casa cuando llegaban a cobrarnos, yo lo hice crecer con un padre inventado. Fui yo... es mi culpa.

En mi hijo siempre estuvo la duda, la verdad siempre le mandó una señal para que la buscara, pero él se escondió. Es como yo, prefiere desarmar el mundo antes que abrir el corazón. Nunca llora, es por eso. No debe de ir llorando. No alcanzo a verlo. Hijo, ¿por qué no lloró? Si hubiera llorado, el juez hubiese tenido misericordia. ¿Será que no se siente arrepentido? No, es que no tiene nada por lo que deba arrepentirse, ¿cierto? Ese niño que se esconde, ese que se parece a mí, ¿ese es mi hijo?, ¿por qué no lo reconozco?

Espéreme un poquito, aguante allá por un tiempo, yo voy a hacer que lo saquen. Yo voy a ir a hablar con ellos. No tenga miedo, ¿sí? Míreme, espere que yo lo saque de ahí y nos vamos a vivir a otro lado, donde pueda jugar fútbol, donde no tenga miedo, donde no tenga que hacer cosas malas. Espéreme un poquito, hijo. ¿Qué voy a hacer yo sin usted? Yo no puedo vivir sin mi niño, pero míreme otra vez, yo soy su mamá sin importar lo que haga, confíe en mí, ¿sí? La culpa la tengo yo que no trabajé lo suficiente como para sacarlo de allá. Perdóneme, hijo, perdón, perdón, perdón... perdón. Es mi culpa, yo no estuve pendiente. Yo me fui a trabajar y dejé que esa gente lo engañara. Es mi culpa. Soy yo. Llévenme a mí. Yo lo hice. Él es mi hijo, lo hice yo.

Separación

Esto no está pasando, esto es un sueño, una pesadilla, una historia rota. No, no, no, no. ¿Por qué no puedo estar con él?, ¿por qué lo dejé ir, por qué está solo? Soy responsable, esto es mi culpa. Fui yo quien le fabricó este destino. Esto es injusto. Él no hizo nada. ¿Por qué tenías que hacer esto?, yo no quería que fueras. Yo no te quiero ver encerrado. No le corten las alas a mi muchacho, no le hagan esto. Todo se puede corregir, todo se puede hablar. Es solo un malentendido. Mi muchacho puede ser problemático, pero es una buena persona. Está lleno de amor. No lo corrompan, no lo destruyan. ¡Déjenlo quieto, déjenlo quieto! No lo quiero ver llorar, él es fuerte. Él es especial. No me le hagan nada. ¡Déjenlo!, ¡sáquenlo! Esa hijueputa moto iba a ser un problema, yo sabía, yo sabía y lo dejé. No le dije nada. Hablen con él, conózcanlo, no lo juzguen. Es un niño, ¡un niño! Déjenlo salir. Cometió errores, pero todo se arregla. Por favor, escúchenlo. Si hablaran con él, se darían cuenta.

“Justicia”, palabras vacías. Nadie escucha, todos se encierran en sus decisiones. Por favor, créanme. Abran la puerta, déjenlo ver el sol. Es grave, es un error, es una tragedia, pero por favor. ¡Qué hice, qué pude haber hecho! Esto no debería estar pasando, mi muchacho no debería estar tras las rejas, la muchacha debería seguir entre nosotros. ¡Jueputa, no puedo, no puedo con tanto! ¿Qué le voy a decir? ¿A quién voy a hablarle? No tengo a nadie. Perdónenme, perdónenme, por favor. La culpa nunca fue de él. No hay decisiones que no se puedan deshacer. Podemos rehacer todo. Podemos construir. Déjenme hablar. No lo aíslen para siempre, no lo condenen así. El semáforo estaba malo, él debió mirar, ella debió mirar. ¿Qué hubiera pasado sin la velocidad? Por favor. Su historia se manchó. ¡Con qué derecho! ¡Con qué derecho!

Si hay alguien que tiene que pagar soy yo. Yo lo crie, yo lo traje. Déjenlo salir, cambiemos lugares. No sé qué pensar, no sé a quién buscar. Él no es culpable, no hay culpables. Fue un accidente. No se merece tal castigo por un accidente. La puta responsabilidad, no, no, no. Yo soy responsable, yo, yo, yo. Por Dios, por Dios. No quiero dejar de ver a mi muchacho. No lo dejen solito, déjenme verlo, déjenme abrazarlo.

3

¿Contaría sus fechorías?

Escriba un monólogo en el que un terrorista y asesino a sueldo repasa su vida en su lecho de muerte. El monólogo deberá dirigirse a un tú que es el propio personaje arrepentido de sus fechorías. Desarróllelo en máximo una cuartilla.

Ahora, agonizo

Ya no rogaba por su vida, ahora pedía a gritos la protección de su familia, ¿sí sabe? Vainas como que me desquitara con él, que ellos no habían hecho nada malo. Recuerdo sus estremecimientos finales y los siento, aquí, en esta cama maloliente, aunque yo no ruegue ya por nada. La muerte no te quita; la vida, en cambio, no tiene reparos en hacerlo a cada paso. La inocencia, la inocencia perdida desde que pensé en usar esa arma. Lo de la legítima defensa es pura mierda y eso usted lo sabe tan bien como yo. No hay causas justas, no hay ideales que defender, estupideces que nos inventamos para disfrazar nuestra naturaleza salvaje. Sí, porque además que a usted también le ha pasado, el alivio, la sensación de estar vivos mientras la sangre ajena le escurre entre los dedos.

¡Qué maricona es la juventud! Si en ese momento hubiera estado tan muerto como ahora, no sería lo que soy. Ni falta hace mencionarlo. Yo, que he empuñado objetos letales toda la existencia, la abandono por causas naturales. Eso era comer o ser comido, pero, sabe, no tengo claro qué se ha ganado con que yo no haya recibido una bala en el cráneo cuando era niño o con que mi madre no se hubiera desecho a tiempo de aquella molestia en el vientre. Nacer sin padre, ver morir a aquella buena mujer que me trajo al mundo, pasar hambre... ¿Cuántos de los que me encontré no vivieron lo mismo que yo? A esos daba más placer degollarlos, es que ¿por qué ellos pudieron salir adelante y yo no? Pero, bueno, era yo quien jalaba el gatillo.

El miedo es un arma poderosa que yo no tenía derecho a usar, pero era casi gracioso verlos caer como muñecos. Ya cargué con todos esos muertos, así que no me mire con esa cara. El vacío de esas miradas sí que me atormenta cada tanto y ahora regresa con fuerza. ¿Escucha? Son voces del otro mundo. Si lo pienso bien, la mayoría de las últimas palabras no eran tan vergonzosas, a lo mejor no todos merecían encontrarse conmigo. Todo eso me duele a mi manera, sí, y el frío y la oscuridad de la habitación y esto que siento en mi pecho... bueno, nada de eso me salvará del infierno. ¿Sabe qué? Más bien hágame un último favor: deshágase del malparidito ese que va detrás de mi hija. No hay que perder los buenos modales.

Eco de un crimen

Ahora no entiendo bien por qué decidí vengarme por mano propia, o de pronto sí.

Habría sido mejor gritar, llamar a la policía, pero tenía rabia, y no pensaba que nadie fuera a ayudarme.

Cuando tenía trece años le robaron a mi mamá.

Yo estaba de vacaciones, era diciembre. Mis papás habían salido a hacer unas vueltas y yo me quedé solo viendo televisión.

Unas horas después mi papá entró al cuarto, nos saludamos, abrió la ventana, sacó una pistola y disparó hacia afuera.

Me quedé aterrado. Yo nunca había visto un arma hasta ese momento, y cuando vi a mi papá, pensé que se estaba enloqueciendo.

Pero no.

Le estaba disparando a unos ladrones que tenían encañonada a mi mamá. Entre la balacera una bala le pegó a mi mamá en un ojo.

Papá salió a cogerla. Se descuidó, y el hijueputa ese le disparó.

Mi papá se quedó muerto en la acera, y el mundo se me cayó a pedazos.

Tenía ira, no sabía cómo seguir. Ese tipo había matado a mi papá, había acabado mi vida.

Y yo lo iba a matar.

A mi mamá la internaron en el hospital; yo estuve varios meses viviendo entre las casas de mis abuelos. Aunque me querían, nada era igual. No tenía una casa en la que estuviera cómodo, mi familia se desbarataba... ya no me importaba nada. Solo quería desquitarme, quería justicia, quería... hacer sentir a ese tipo la misma rabia, dolor e impotencia que sentía yo. Tenía esa idea fija en la cabeza, y nada me la iba a sacar.

Después de varias semanas vi la cara del tipo en el Q'hubo. Decía que era un prófugo y sospechoso de asesinato.

No le dije nada a mis abuelos, luego busqué la dirección de la policía, pero al final me lo encontré en el Metro.

Iba caminando por el andén, como si nada.

Me moría de la ira y al final estallé. Corrí hasta él y lo tiré hacia los rieles. No alcancé a ver cómo el Metro descuartizaba a ese malparido, porque salí corriendo de la estación y me escondí entre la multitud.

Ya no podía volver a donde mis abuelos, demás que tampoco podía volver a ver a mi mamá a la cara. ¿Qué me quedaba?: conseguir lo que necesitara, seguro en un tiempo podría vivir bien... y de pronto volver a ser feliz.

Me fui sin rumbo, buscando dónde quedarme.

Estaba perdido en medio de este laberinto de cemento, rodeado de puentes cagados, de ratas, de perros chandosos y de hombres desechables tirados en las esquinas. Esos que todos evitan ver. Ahora yo también era un desechable de la calle. Era eso o salir adelante desde cero, pero ¿sí lo podría lograr?, ¿valía la pena?

En ese momento no lo pensé. Solo quería sobrevivir.

Por la noche llegué a un barrio popular, en Aranjuez. Pensaba en acostarme en la calle cuando un motoneto frenó en seco a mi lado.

Me preguntó qué hacía ahí y si necesitaba algo. Le dije que yo veía qué hacía, entonces me contestó: -Ve, manito. Si quiere le puedo dar un encarguito pa'yudale.

No tenía nada, no sabía cómo podría seguir, así que acepté, porque tenía angustia y hambre. Empecé a llevar bolsas de droga para que los confiteros las guardaran. Me iba bien. Lo hacía sin llamar la atención, con calma, sigiloso, hasta que un día me pilló un man y me persiguió por dos cuadras.

Lo llevé hasta un callejón, un desechito. Cogí un vidrio del piso y me le tiré al tipo.

Le pasé el vidrio por el abdomen. Lo cortó como un cuchillo a la mantequilla, y se cayó de un tajo después de darle un par de cortes. Ese tipo no era alguien importante, me daba igual, pero aun así con él me volví una fiera, y lo era, probablemente porque era la única forma de sobrevivir.

No tenía un hogar, no tenía papá, la familia que me quedaba no debía ser capaz de mirarme a los ojos. Yo me odiaba, era lo más horrible, asqueroso y ridículo que había pisado la tierra.

La gente a veces busca a Dios cuando sufre, pero yo no puedo. ¿Por qué nos humillamos para que Dios se burle de nosotros?

Hice esto por mucho tiempo, aunque traté de ser más discreto; pero hubo un punto en el que no podía más. No quería esto, quería una vida feliz, una familia.

Así que un día simplemente me entregué.

Me dieron cadena perpetua, pero al menos era un nuevo comienzo, aunque no sabía que era un comienzo en el que apenas sentiría el sol.

Me portaba bien, nadie se metía conmigo.

Aun así, me hacía falta el paisaje, el aire, las montañas.

No valía la pena vivir.

Cuando llevaba unos meses, encontré una pistola cargada. Era muy pesada, al tener una de esas en las manos sentí miedo, impresión, me aterraba tenerla, pero era una válvula de escape para ese encierro, para esa infelicidad. Después de llorar, de hiperventilarme por las noches y de dejar de comer me pegué un tiro en los sesos.

Me he encontrado a muchos de los que maté. A veces pienso: “Parceros, mala mía. Era mi trabajo. ¡Qué falla!”.

A veces he visto también a ese malparido de mierda que me jodió la vida. Siquiera le pasó ese metro encima. Debió quedar más cortao que torta de cumpleaños.

¿Volvería a ver a mi mamá? ¿A mis abuelos? ¿Ellos sí me buscarían? No lo creo.

Ahora solo soy un eco. No creo que nadie me pueda ver.

Olvido

Mi memoria ya no recuerda quién soy, pues el tiempo le prestó al olvido mis acciones. Quienes conocieron lo que alguna vez fui, recuerdan y recordarán aquello que en mí ya no existe. Me leo y no me reconozco. No sé si soy lo que mis palabras dicen y si miro a mi alrededor nada aparenta ser cierto. No entiendo cómo la persona que confesé ser es merecedora de morir en la calma del silencio y el arrullo de un día lluvioso, rodeada de quienes dicen amarla, pero seguramente no conocerla, pues si lo hicieran, no estarían. Soy madre y abuela, dueña de sus lágrimas y receptora de sus palabras cargadas de fortaleza que ya no me son necesarias.

Según mis palabras siempre fui creadora de lágrimas. Fui servidora de la vida en cuanto alejé de ella a quienes no tenían que aportarle. Tal vez por eso me recompensa con el olvido antes de mi muerte. Se necesita más que estar vivo para vivir. No hay tiempo justo para empezar a estarlo, pues la muerte no espera a quien se lo pide. Aunque si yo se lo hubiera pedido, instantes se hubieran convertido en recuerdos. De haberlo hecho, el olvido jamás habría llegado a salvarme de mi conciencia. Y qué tan estúpida fui de despreciar el regalo de la vida al plasmarla en papel y tinta. No logro enajenarme de la mujer que vive en estas páginas marcadas con mi puño y letra. Me llena de intriga y admiración imaginar la rigidez con la que mi ser se construyó para tener la capacidad de cometer las atrocidades que perpetué.

Ahora me pregunto de qué valieron mis acciones si ahora caen en el olvido. Me pregunto si inmortalizarlas me hará vivir en ellas. Me pregunto si viví.

4

El padre opuesto

Escriba lo que le pasa a una madre que trata de amamantar por primera vez a su bebé, o a un padre que trata de darle por primera vez el biberón. Se le aconseja escribir desde la perspectiva del rol opuesto al suyo. Desarróllelo en máximo una cuartilla.

Ella, ella y yo

Esta pequeña criatura es la hija de sus entrañas, de las de ella y de las mías. Meses enteros esperando ver esos ojos, tocar esas manos, palpar esa pielcita tan blanda. Por momentos todo parecía confuso, ¿un hijo?, ¿en este momento del país, del planeta?, ¿cómo lo vamos a criar si a veces ni lavamos la loza? Por momentos todo parecía esperanzador “nuestra heredera, le vamos a enseñar a pronunciar Ricoeur, Nietzsche y Gramsci”, “será lo que quiera, no le impondremos añoranzas antiguas”, “¿qué tendrá tuyo y qué tendrá mío?”. Por momentos nos invadía el vértigo, pero recordábamos las palabras de la doula: “los hijos llegan del amor”. Eso no lo podía negar, el amor desbocado por ella es lo que me ha traído hasta este papel inesperado de esposo y ahora de papá (¿cuándo me llamará así?).

Me siento lleno de torpezas, todo esto es una novedad que tampoco esperaba, todo hay que lavarlo en el agua hirviendo, las medidas precisas a las horas exactas, sin falta la sacada de los gases y la siesta. No crean que no intentamos prepararnos, asistimos a clases, vimos videos, películas, leímos tanto, pero nada lo prepara a uno para encontrarse con la redondez de una cabeza minúscula reposada sobre la palma de la mano, una boquita que tiritita como queriendo exclamar algo, una fragilidad absurda que nadie conoce hasta que la conoce, hasta que enfrenta la inmensidad de todo con ese pedacito de ¿qué?, ¿mujer, niña, ser? Con ese pedacito de algo que llegó a invadir, a asentarse, a conocer, a impregnar.

Ella me pasa el tetero ya elaborado, espeso, me dan ganas de tomármelo. Todo, como ya dije, con gran precisión, el ángulo de la botella, de una tibieza como la de una mano, la cantidad justa que le cabe en ese cuerpito. Todo está ensayado y listo para cuando entramos en acción la bebé y yo: se acomoda en mi brazo, yo organizo la postura, apoyado en el sofá grande de la sala, me pasan el tete y yo lo voy poniendo con cuidado, pero con algo de jugarreta sobre su boquita, abro tanto los ojos, casi ni parpadeo cuando empieza la succión imperceptible, no puedo fallar en mi labor de soporte y vigía, el mundo se para mientras esa leche se va desapareciendo.

“Soy el papá”, me repito mientras estamos en esa burbuja de asuntos ligeramente fundamentales. “Soy el papá, he estado aquí todos los días de su vida, fui el primero en verla, viviremos juntos muchos años, lleva mi apellido”. “Soy el papá”, pienso y anticipo los triunfos, los dramas, las discusiones. Me estoy distrayendo, solo tengo que observar y ser paciente, “un teterado de paciencia”, acuñó ella el otro día.

A ella la amo desde que la vi, me enloquece su presencia, me disipa las angustias y hace que me chispeen el cerebro y el corazón, la amo mientras miro de soslayo la correcta postura del brazo mío, de la mano con el tete, calculo la fuerza con la que sostengo ambas cosas; pero debo decir la verdad, tengo este pedazo de tibieza que ingiere otra cosa tibia para poderse mantener tibia: por esta todavía no siento nada.

Temporada de toques de queda

Caminamos por más o menos diez cuadras. Era sábado y había serenado el viernes, pero hacía el mismo calor de siempre. Varias cuadras para las viejas rezanderas, con sus “Padre nuestro” y a veces cosas en latín. Te quedarías de una sola pieza viéndolas más adelante zarandeando abanicos al lado del grupo de manes que cantaban los vallenatos favoritos del muerto, custodiándoles la pea.

Salía la música del baffle de Pocholito, el guaro de la chupadera en la esquina en que nos paramos, el tufo de las bocas, el “Venga mijo” de las señoras a los peladitos que interrumpían sus oraciones, porque no sabían si era un evento feliz o triste. Es lo mismo que nos preguntamos acerca de lo que acababa de perder mi mejor amigo, mi compinche en el cajón al lado de nosotros, el otro grupo de manes —dudosamente manes— que se custodian entre sí, conscientes de su condición de premuertos que, sin embargo, no tienen, “tenemos debería” decir, afán por alcanzar nuevas experiencias. En cambio, en procesiones como esta nos quedamos lelos pensando la respuesta a la pregunta de si nuestro amigo habría terminado entendiendo por qué estuvo aquí. Por qué a los ocho años hizo la primera comunión y también le dio su primer pico a un niño; por qué su abuela terminó montándose cuando se dio cuenta de que por aprender a hacer arroz le figuró cocinar en la casa de la mujer todos los días; por qué a veces hablaba como un señor y a veces como un peladito, como a veces escuchaba boleros y a veces vallenato o cumbia; por qué su hijastro terminó pegándose trompadas con su mejor amigo del colegio cuando le dijo que su padrastro parecía una galleta de soda en el bolsillo de atrás, pensando que se iba a reír. Por qué vivir así, defendiendo la libertad de ser incoherentes con la dignidad, y morir como él.

Las viejas rezanderas trabajan todos los días por el pueblo. No, no en el pueblo, por el pueblo. Todos lo hacemos, de verdad, sino que ellas de la mano de Dios. Porque sobre todo en esta época está lleno de los que todavía merecen las oraciones; los que no, se mueren rápido, baleados. Mi compadre recibió tres. Una fue por el culo. Ninguna oración, hasta este día, en el que le dedicaron varios “Dale señor el descanso eterno”, y se escuchaba en respuesta

“Brille para ella la luz perpetua
Brille para él la luz perpetua

Soy rey de mis castillos sin fe
Quién mató la ilusión, yo sé que te alejas quizás

Mas nunca vas a volver, mas nunca vas a volver.
Mas nunca vas a volver”.

Entonaron varios hombres que chillaban cerca del ataúd, sobándole el pelo a la mamá de mi amigo, que se dejaba porque estaba débil y, aunque nunca lo escucharíamos de su boca, sabíamos que también complacida, por saber que su hijo fue tan querido y de tantas maneras. Pero no faltarían al otro día los “pero qué afrentas”. Le hacían honor al muerto, si vieras, a él le encantaban esas.

Nos parece y nos seguirá pareciendo un pueblo rescatable, si se te olvida que el fogaje de doce horas diarias puede ser señal, entre otras cosas, de que estamos cerquita del infierno.

Despertar al viaje

Parece la superficie clara de un planeta inhóspito, aparecen aquí y allá ramificaciones de ríos azules. Pecas y lunares hacen las veces de diminutas y escasas montañas. Más allá, en otro valle, uno que otro vello serán las palmeras en una especie de desierto de arena blanca. La protuberancia en la parte central del planeta es un gran volcán que expulsa lava color rosa intenso, pero minutos antes parecía más bien un número infinito de rayos ingresando en el centro de mi cuerpo, electrocutando mis vísceras, el cortocircuito de todo lo que soy. Tal vez era la sustancia que se abría paso por entre un conducto virgen, tan virgen como aquello que me arrebataron y que no me atrevo a nombrar. Ahora, desde ese mismo centro, expulso el magma: dolorosa y turbia lactancia. Allí está, el otro planeta, perfectamente redondo y prodigiosamente indefenso; buscó a tientas el volcán, instintivo choque entre dos mundos, ni siquiera un eclipse, más bien un cataclismo sideral que interrumpió la poca tranquilidad que me quedaba.

La jaqueca y el mareo se van disipando, una mano que se me hace familiar me brinda un poco de agua, la boca sabe a medicamentos. Los pequeños detalles se van perfilando en un todo que voy comprendiendo más y más. Entonces el otro planeta se transforma en la criatura a la que tanto miedo profeso, sus rasgos son exageradamente pronunciados: unos ojos cerrados y de párpados inflados; una diminuta nariz con exagerados puntos en su dorso y en sus aletas; una boca que no alcanzo a ver, pero que siento muy adentro, pues se adhiere a lo que veía nebulosamente como mi planeta, este seno cargado con su alimento. Sus mejillas infladas se mueven a un ritmo insaciable, la música la entrega el dolor en el centro del pezón. Ahora sus pequeñas manos intentan aferrarse, atraparme para siempre. Entonces, desde la locura, vienen algunas ideas que proponen solucionar esto para siempre, como cuando intenté aquella solución conmigo misma. Ha sido mi madre quien lo ha vestido, lo ha dispuesto para mí, ha insistido en que debo continuar, que no mire atrás, que la vida sigue y que el amor puede sanarlo todo. Tal vez no se trate de un problema y una solución. Tal vez él sea un camino, tal vez sea un viaje.

5

Identidad compartida

Escriba un relato en la primera persona del plural (nosotros). En él, relate una situación en la que se evidencie el dialecto y las formas que toma el uso del lenguaje cotidiano de una región, grupo o lugar específico. Incluya sus reglas, vestimenta, símbolos, etc. Desarróllelo en máximo una cuartilla.

Realidad y fantasía

¡Cuánto habremos probado y nada funciona! Hemos dejado de escuchar la radio y tenemos prohibido ver la televisión, dicen que es lo mejor para nosotros. Lo mejor para nosotros. La vida es siempre un insípido gris. A veces, alzamos las manos en las mañanas y nos invade el agotamiento, hemos pasado días con la mirada fija en el techo, inmóviles e inexpresivos. Nos repelemos, pero no podemos evitar estar juntos, es nuestra única opción.

Los pasillos: iguales. Las camillas: iguales. Las batas: iguales. Nosotros: iguales. La vida es siempre un insípido gris.

—¿Cómo amanecieron hoy?— suelen preguntar las batas blancas. A veces repiten la pregunta, y nosotros...

No hay cura y ella lo sabe, nos lo susurra siempre al oído, justo antes de irse a correr tras el conejo blanco. Un blanco, diferente al de las batas, que se retuerce en el aire y desaparece. Dicen que todo estará muy bien. Estará muy bien. Pero ya no somos, pero no hay cura. Dicen que es sino dejar de imaginarse cosas, hacer lo que nos digan, tomar lo que nos recomiendan, decirle a ella que no nos siga molestando.

—¿Cómo amanecieron hoy?— suelen preguntar las gafas desajustadas. Nos acomodamos la manga del pijama pastel y repiten la pregunta, y nosotros...

— Sí, el futuro es eso: una masa heterogénea que debemos compactar. Muchas veces no se encuentra el horno o no se pone demasiada atención en la preparación. Y el futuro es eso: comer crudo el alimento, honrando a nuestros antepasados, o sentir en los dientes un pedazo de cáscara de huevo o un fragmento perdido de la bola de cristal. ¿Entiende?

Y ellos anotan, siempre con libreta en mano y cara de circunstancias. Incluso ella, la niña, hace silencio.

Frascos de pastillas vencidas, trozos de comida a medio saborear, el conejo blanco, la niña de los ojos penetrantes que insiste en que nos dejemos aplicar las inyecciones, las largas conversaciones con las batas blancas y las gafas desajustadas, siempre con libreta en mano y cara de circunstancias.

—¿Acaso ya no la recuerdan?— suelen preguntar.

—No es posible atrapar el tiempo y morderlo sobre el cono, el sol lo derrite y, al caer al suelo, se quiebra. No hay nada que hacer. No hay risas. Antes las había, eso y conejos. La memoria. Es... tú... esto. Otros. Sombras, fantasmas y voces. Y definitivamente —nos quedamos pensando. Ahora somos—. ¿Es la niña?

El Poirra

No habíamos visto a un parcerero más raro y aletoso que el Poirra.

Ese cucho venía del Vichada, y le decíamos así por escamoso, porque el marica ese parecía un pescao salido del agua y era bien mirón. Tenía la nariz toda grande y torcida, unos ojos grandotes, era moreno y medio maletón. De pronto más que un pescao parecía un sapito flaco y tostao.

Una vez en la noche ese man se llevó a una pelada pa'la casa. Pues, aunque era bien feo el pobre güevón, todas le caían porque tenía mera labia, y por eso un montón de viejas se le arrimaban.

Nosotros vimos que el parcerero la metió en la pieza, porque se veían las siluetas entre las cortinas. Se desvistieron y el Poirra cogió un cuchillo y picó a la vieja en pedacitos, o eso creímos.

Nos cagamos de susto y empezamos a gritarle “malparido” “oe, oe, déjela quieta”. Pero el man la picaba y la picaba. Mera calentura.

Llamamos a los tombos pa'que se metieran en la casa, pero no había nadie.

El Poirra se voló. Los tombos no pillaron nada en la casa, al ratico se fueron porque no había ni pío. Nos quedamos callaos, cagaos del susto muchos días.

Un día nos fuimos a parchar a un charquito por ahí en la Pintada. Estábamos mirando el agua cuando, de repente, se movió una cosa bien rara en el charco. Eran como unos pescaítos, unas nutrias, unos animalitos ahí, todos bonitos. Entonces empezaron a salir los supuestos animales, pero no eran animalitos, sino el Poirra y la vieja que había picao.

Después de vernos se rieron y se fueron. Mero ralle lo del Poirra, será que estábamos bien trabaooooos...

6

Inmoralistas

Escoja un tema que sea tabú en su cultura y nárrelo desde una postura políticamente incorrecta. Persiga la transgresión y las emociones conflictivas. Desarróllelo en máximo una cuartilla.

Sombras de gigante

Después del incidente se divorció. Intentó hacerle entender que todos cometen errores y que eso era algo que pasaba, al menos una vez, en cada matrimonio. Cansado, en una de esas noches le dijo:

—Acuérdese de cómo sufrió su amiga después de dejar a Camilo por esa bobada. ¿Es que usted también es tonta? Al final es verdad eso de que a las mujeres les gusta sufrir. ¿No ve que usted no es capaz de vivir sola?

Pero ella siguió exagerando las cosas y él, incapaz de soportar su histeria, firmó rápido los papeles y se fue.

Ahora, mientras colgaba sus nuevas persianas —porque disfrutaba leer con luz natural y las cortinas anteriores no dejaban pasar suficiente iluminación— pensaba en lo paciente que había sido durante todos esos años de sufrimiento, y en lo agradecida que debía estar su esposa porque, a pesar de todo, él nunca había levantado la mano para pegarle. El único problema de su nuevo apartamento era que las torres se seguían una a la otra con demasiada cercanía y el hecho de que sus vecinos pudieran ver o escuchar lo que pasaba en su casa le parecía una ofensa imperdonable. En la torre del frente, un piso más abajo, se exhibía un ejemplar de esa incómoda situación: irremediablemente a la altura natural de su mirada, cuando la apartaba por un instante del libro, un espectáculo matrimonial se mostraba cada tarde ante sus ojos.

En esos días recordaba las veces que se había encontrado con el marido en el ascensor, en el gimnasio, en los partidos jugados entre vecinos. Había reconocido en su compañero, con orgullo, el trabajo pesado que reflejaban las heridas en sus brazos y algún moretón que de vez en cuando se filtraba bajo la corta manga de su camisa. Era grande y fuerte, igual que él. Pero su admiración no duró mucho, después de varias semanas de ver reflejada su imagen en el representante perfecto de lo que es ser un hombre, vio caer pintorescamente a su ídolo. El destino, que siempre encuentra su camino, hizo que cruzara justo cuando las cortinas traslúcidas de su apartamento dejaban pasar la imagen de un tenedor en la mano, luego un empujón y el sonido de los gritos que violaban la fuerza con que las paredes querían mantener la privacidad del secreto. Ella dio otro golpe y él salió de escena.

—¡Ja!, le dije que cosas parecidas ocurrían en todos los matrimonios. Yo lo que soy es un santo al lado del resto— exclamó para sí mismo con tono triunfante.

Pero mientras la casualidad se transformaba en hábito, notó que los reclamos siempre los empezaba ella y luego llegaban los puñetazos al aire. La sombra casi estática de cada noche solo mostraba a un gigante con los brazos frente a su rostro evitando ser lastimado, y entonces, cuando el silencio de la noche era demasiado fuerte, se inclinaba un poco hacia adelante, para ver si lograba escucharlo llorar. ¡Qué vergüenza! En sus piadosas manos ella hace rato hubiera aprendido a respetar, pero ese otro resultó ser como bobo. Hasta gay debe ser. ¿Quién se deja pegar de la mujer?

Desde entonces, ha decidido leer media hora más cada tarde y espera a que el cielo apague sus luces para poder mirar el teatro de sombras que se presenta en la unidad del frente.

Se ha reído, asombrado, y ha logrado consolar la pequeña semilla de culpa que amenazaba con crecer. Cada vez que sus caminos concuerdan muestra una sonrisa condescendiente ante la vergüenza del género, le da una palmadita distante en el hombro y finaliza rápidamente la interacción. Es gracioso pensar en quién puede creer una historia como la que mira expectante por las noches, pero, a su vez, ha aprendido a cerrar cuidadosamente la persiana cuando se debe ir; hay que ser precavido, un hombre no puede permitir que nadie se dé cuenta de lo que hay en el interior.

Historia de lo que nunca fue un tabú

Las primeras manifestaciones se extendieron por toda la ciudad, incluso bloquearon algunas estaciones del Metro. Los buenos ciudadanos llenaron las calles con carteles exigiendo la prohibición de aquel gesto impúdico. Los medios de comunicación resolvieron mesurar su lenguaje y llamaron a ese acto con un eufemismo. Presionaron al alcalde para que tomara cartas en el asunto, muchos de sus funcionarios amenazaron con renunciar a sus cargos, y los empresarios retiraron su apoyo hasta no ver una ordenanza que controlara la situación. La amenaza de que las mujeres “alimentaran” — palabra que resulta mucho más decente que aquella otra— a sus bebés en público, era latente. La comunidad debía permanecer unida para enfrentar este y cualquier acto de descaro.

Las cámaras instaladas al interior de vagones, en parques públicos, en concurridas esquinas, vigilaban pacientemente que la tranquilidad de los ciudadanos no fuera interrumpida por indelicadezas o, lo que sería peor, por la plena intención de alguna revoltosa con ganas de pleito. Una jurisdicción especial de la fuerza pública fue capacitada para disminuir el número de avistamientos y de denuncias; se infiltraban en el transporte público para anticiparse a los intentos de exhibicionismo, una obra maestra de la guerra entrenada para desaparecer a las indecorosas.

El gobierno nacional destinó importantes recursos con el fin de pagar recompensas a aquellos que denunciaran el crimen o, por lo menos, el intento de crimen; además, aumentaron las penas hasta con cinco años de prisión. Para aquellas que se excusaron bajo la idea de que la falta de recursos no

les permitía cubrir sus vergüenzas superiores, se instalaron dispensadores de mantas gratuitas en puntos claves de la ciudad. Otros ciudadanos, comprometidos con la causa, hacían donaciones en los barrios populares y educaban a las madres lactantes para evitar escenas comprometedoras.

La organización cívica Antilactancia Pública, la más prestigiosa de todo el país, elevó la hermosa escultura que aún se conserva en el parque central: una joven mujer con su mano derecha empuñada y con la otra sostiene a su bebé mientras lo alimenta bajo una manta perfectamente esculpida.

La solución ante estos escándalos fue hallada en el sistema educativo, una completa revolución en los planes de estudio incluyó atinadas lecciones para que las niñas aborrecieran, en su vida adulta, la nefasta idea de alimentar a sus bebés delante de conocidos y extraños. Las cartillas que ilustraban cómo debían proceder frente a la urgencia de la alimentación y el peligro de exponerse resultaron exitosas. Poco a poco los ciudadanos fueron transformando su forma de pensar y el tema quedó en el olvido, un día no fue necesaria ninguna denuncia ni ninguna pena, un día logramos ser aquella sociedad políticamente correcta que siempre soñamos.

7

La noticia del otro

Escriba un pasaje en primera persona desde el punto de vista de alguien que está a punto de dar una noticia difícil. ¿Qué tan rápida o lenta es su respiración? ¿Transpira o su piel permanece intacta a las emociones? Trate de identificar todas las emociones y sensaciones que abarcan a este personaje. Desarróllelo en máximo una cuartilla.

Ruinas

El ambiente pesa más a estas horas. El aire se hace duro de respirar. Los pasos se hacen pegajosos. Las lágrimas se construyen y no hay lluvia que permita ocultarlas. El camino es arduo, es un desierto. A estas horas la gente muere en sus sueños, se pierde en sus ilusiones. Ojalá estar durmiendo, ojalá no estar yendo a su casa. Me pesan mis palabras, me destruyen y no sé cómo soltarlas. La noticia llegó y derrumbó todo. Esta fachada se deshace, mi camuflaje impenetrable se desvanece con mi sudor. Mis lágrimas agrietan esta falsa identidad.

La caminata se hace eterna. No quiero llegar, no quiero el pasado. El peso del hecho me arrastra. Llegar y decirle, llegar y derrumbarla, arrastrarla al pozo conmigo. Cómo decirle eso, cómo clavar el puñal. Arrastro la sangre de esa noticia, arrastro el dolor. Debo transmitirlo, debo compartirlo. Soy el cruel mensajero. La noche nubla mi vista, la oscuridad de las lejanas estrellas se empaña. No hay reloj que valga en este territorio, este camino no tiene tiempo. No tengo dónde refugiarme. El destino es soltar el caos, el destino es romperlo todo. Llegar, tocar la puerta, calmar mi agitada respiración y ocultarme tras una sombra. Es inútil, no pasará. Me he derrumbado, me he deshecho. Soy escombros, soy ruinas.

Duele entregar mi voz, duele pensar en las palabras exactas. Duele pensar. El paquete de mis letras se quema a cada segundo. ¿Qué debo hacer? ¿Qué debería decir? El dolor se compartirá, lo sé. Es justo. No la podré reconfortar. Un abrazo no vale nada. También estoy perdida, tampoco sé cómo procesarlo. Pensar es inútil. Sobrepensar es un ejercicio que no lleva a nada. No dejo que los recuerdos me alcancen en esta dolorosa caminata nocturna. Huyo ágilmente de ellos. Solo puedo pensar en el futuro, solo puedo penar entre cada paso.

Debería existir la eternidad, debería quedarme en este limbo citadino hasta la muerte del universo. No vengo de ningún lado, no voy a ningún lado. Porto el dolor. Ella no lo sabe aún, ella está dormida, ignorante de la crueldad del universo. Los reflejos de la vitrina me fragmentan, me quedo en ellos, me guardo en sus miradas confrontativas. Cada paso me acerca al destino inevitable, a esa puerta que separa todo. Voy a destruir el universo, voy a destruir el mundo.

Maritza ~~de Rodríguez~~

Doña señora, doña doña, seño ¿Maritza es que es? Maritza de Rodríguez, qué machismo eso de “de Rodríguez” ENFÓCATE.

Doña Maritza de Erre. Erre con erre cigarro, erre con erre barril, rápido corren los rieles cargados de azú —ENFÓCATE

Hicimos todo lo posible señora de Ferrocarril. De Mártir. De Erre, de Rodríguez. Ma-rit-za-de-rodrí-guez. Hicimos todo lo posible, señora de Rodríguez. Todo lo posible, ¿eso siquiera es verdad? Todo lo posible es que hubiéramos tenido un órgano nuevo, más bolsas de sangre. Todo lo posible es haber puesto veladoras y rezar mientras yo le rajaba la piel al señor Rodríguez. Todo lo posible es que alguien de la sala hubiera dicho “póngale mi corazón a ese hombre”. Pero “todo lo posible” es una cosa imposible. Todo lo posible es todo lo que tengo por decir, mejor dicho, es lo único que tengo por decir. Este señor Rodríguez se me murió a mí, es mi primer muerto, hasta me lo celebró el residente. Todo lo posible era yo, y se me fue.

La sangre tibia saliendo a borbotones de su estómago abierto, yo conteniéndola, presión, gasa, coagulante, cauterizador, todavía me palpita esa tibieza en las manos, la siento húmeda en mi piel como si no hubiera tenido guantes. Siento los brazos débiles de tanto aplastar, la mandíbula endurecida como después de una noche de bruxismo. ¿Tendré la cara lo suficientemente consternada para que ella sienta que lo siento? ¿O tendré los ojos tranquilos como me suele pasar en los peores momentos? No estoy lo suficientemente preparada, como no lo estuve para esa cirugía. Ninguna preparación es suficiente. Nunca voy a poder hacer esto con calma, no puedo salvar vidas, ¿para eso estudié tanto? ¿Para llegar a la conclusión de que en realidad estoy “intentando” salvar vidas y no salvándolas?

Ahora me toca mirar a la señora Maritza de Rodríguez a los ojos y decirle que ya no es “de Rodríguez”, que el señor se ha ido, ¿ha descansado?

Me palpita la sien

Me palpita la sien contra el apretado gorro

Me palpita la sien contra el apretado gorro y el aire hirviendo debajo de este tapabocas

Me palpita la sien contra el apretado gorro y el aire hirviendo debajo de este tapabocas, las gotas de sudor en el bigote, en la barbilla mi exhalación empañándome las gafas

Me palpita la sien contra el apretado gorro y el aire hirviendo debajo de este tapabocas, las gotas de sudor en el bigote, en la barbilla, mi exhalación empañándome las gafas, el golpeteo de mi corazón en la garganta

Señora Maritza de Rodr —el vómito.

8

Anaqueles

Escriba un pasaje en primera persona desde el punto de vista de alguien que está a punto de dar una noticia difícil. ¿Qué tan rápida o lenta es su respiración? ¿Transpira o su piel permanece intacta a las emociones? Trate de identificar todas las emociones y sensaciones que abarcan a este personaje. Desarróllelo en máximo una cuartilla.

Dos neonatos

Anita había tomado el carro después de dos meses sin manejar y se fue a la tienda de pintura. Las cosas y personas que dejó en casa la persiguieron durante la primera mitad del camino. Estacionó, se bajó sin esfuerzo y contempló lo alto que estaba el techo. Había hombres por todos lados con cascos de protección y herramientas en las manos. Los pasillos tenían olores a químicos que le gustaban.

Se había cansado del color gris de su habitación, ahora quería un verde frío o un azul naval. Tras unos minutos entre los anaqueles, escuchó una voz familiar que la llamaba: “¿Anita?”. Ella se volteó satisfecha, seguramente la había visto a unos metros de distancia y se había acercado rápido para hablarle. Él le preguntó si la podía ayudar con algo; lo que ella hizo fue contarle que, ya que Evelio se había ido de casa, podría remodelarla como siempre había querido y sabía exactamente lo que quería. Él se tensó escuchando el nombre de su mejor amigo. Ella sabía que él no tenía más qué preguntar.

—Mi bebé está cumpliendo cuatro meses hoy.

—Ah, ¿y dónde está?

Se enojó por la pregunta, porque había salido de casa pensando que lo primero que notarían sería que no tenía al bebé consigo, y no que se había vuelto a teñir el cabello y que había llegado hasta allí sola. Dime mejor dónde está mi marido, contestó. Él le dijo que estaba trabajando, como él. Anita movió los hombros para recibir más información, dado que estaban hablando del hombre que, en pleno posparto, la había dejado para volverse a vivir con su madre, o eso fue lo que dijo.

Salvar al mundo una pinta a la vez

—Era azul, señor.

—Le queda mejor el rojo.

—Pero no es lo que buscamos.

—El rojo se le ve mejor, el color la eligió.

—Pero ella lo quiere en azul.

—Haga caso, le digo que el azul no le favorece.

—La profesora le dijo que debía ser azul.

—Qué va a saber esa profesora, lleve el rojo, le aseguro que resalta.

—Ella solo quiere cumplir con la tarea, sino me vende el azul, voy y lo busco en otra tienda.

—¿Está seguro?

—Mucho.

—¿No le interesa que el tono del vestido realce el tono de piel de su hija?, se ve más linda con el rojo.

—Antes me preocupa que a usted le interese como ella se vea.

—Es solo mi trabajo, me interesan todos mis clientes. Es más, me preocupa que salgan de aquí con el color equivocado. Un error, un error al día, evitar el error, la falla, POR FAVOR, señor, se lo ruego, lleve el rojo. Si quiere le escribo una nota explicándole a la profesora la importancia de vestir con el tono correcto.

—Papi, el rojo se me ve más bonito.

—Pero la nota dice que debe ser azul.

—Voy a ser la princesa.

—Sí, la princesa azul amiga de la rosada.

—Pero, quiero ser la princesa roja, la azul solo sigue a la rosada.

—Y cómo le decimos eso a la profe Jacke.

—El señor dijo que le iba escribir una nota.

Tienda Los oficios

Tienda Los oficios. 8 a.m. Jueves.

—Fabio, no seas ingenuo. Estás tomando mucha Postobón. El mundo, por lo menos el que hemos creado, no es color de rosa. Te embobaste, ome Fabio. Todo. Vea, le digo que hasta Doña Nubia tiene un precio. Te lo digo con todo respeto. Egh, te vas a dar cuenta de que la plata que te ofrezco por este cuchitril es más de lo que alguien siquiera pensaría en darte. Me estoy tumbando, el que está saliendo robado aquí soy yo. No voy a esperar más. Me acabaste la paciencia. Tenés hasta mañana para decidir. Si a las 8 a. m. no me has llamado, considerá esta oferta caída y la casa embargada.

Salió lento, con una calma desafiante que Fabio habría querido zarandear con alguna respuesta, con algún movimiento. Algo. Pero los dedos de los pies trataban de atravesar el zapato y agarrar el piso. Le sudó la espalda y agradeció que no fuera el pecho para que Miguel no se diera cuenta. El vaso de agua que en ese momento necesitaba tomarse para pasar el mal rato lo podría haber servido si escurriera su camisa. Sintió que el párpado izquierdo le empezaba a temblar. Se dio cuenta de cómo estaba apretando las muelas. Quiso llorar de la rabia y luego quiso llorar más por vergüenza a querer llorar en primer lugar.

Su mano había escogido un camino propio para bajar las pulsaciones y estaba acariciando la cobija que se escondía detrás del mostrador. En casi dos metros de tela con borde de satín desgastado se guardaban los 33 años de Fabio. Más de una vez sus lágrimas habían recorrido los hilos como si fueran ríos y el borde de satín hacía una barrera para que el olor, los recuerdos y un par de sueños no tocaran el mundo real.

Una costura se reventó cuando escuchó a Miguel entrar, llevaba meses reventándose a una velocidad que ni siquiera las costuras de Doña Nubia y los remiendos que le hacía en las noches lograban mantener los casi dos metros de tela firmes. Con cada pasón que le hacía con la aguja, el algodón le iba contando todo lo que Fabio prefería guardarse para no preocuparla. Esta vez la tela no sería quien recibiría el pasón de la aguja. Doña Nubia se había aprendido la dirección de Miguel.

9

Autorretrato

Describese a sí mismo como si fuese a ser retratado por otro. Le recomendamos colocarse frente a un espejo y describir con curiosidad todo lo que observa: sus gestos, expresiones y detalles de cualquier tipo. Desarróllelo en máximo una cuartilla.

Desde tus ojos

Alguna vez me contó que de niña no tenía nariz. Su abuela iba a su cama todas las noches y, con su naricita sujeta entre el índice y el pulgar, le hacía un masaje desde el puente hasta la punta, formando un arco, para que le creciera bonita, respingada, no como la de su abuelo o su papá, sino como la de ella. Finalmente, resultó con una nariz mediana que apunta al frente, que está partida en dos y cuyos orificios parecen dos ojos que, de cuando en cuando, te miran con el olfato.

Tiene un montón de lunares inquietos que juegan con mi cordura. A ratos, uno de ellos viaja de la frente al labio y se queda de visita un par de semanas. Luego, se posa en el mentón o en la oreja. Otras veces se enconde y ya no lo encuentro. La última vez que lo vi estaba en la punta de la nariz. También hay otros, menos burlones, que se quedan quietos. Su favorito es el lunar rojo que tiene en el párpado izquierdo y que, según dice, está ahí desde que nació. Cuando era niña su padre le decía que era su marca de supermodelo. El mío, mi favorito, es ese que tiene encima del labio, a la izquierda. Siempre me mira coquetón antes de darle un beso y baila a cada rato con el vaivén de su sonrisa.

Antes tenía la cara redonda, ahora parece más un diamante o un corazón. La pubertad le enflacó los cachetes y ya no le queda casi carne para besar. Tal vez la fue perdiendo de tanto hacer esa cara suya que pone cuando está concentrada. Ya sabes, cuando se muerde los cachetes por dentro y la boca le queda como la de un pez. Es probable que haya sido eso.

También está su mentón. Ese que revela sus mentiras y que se crispa cuando algo le preocupa. Ella no frunce el ceño, como su mamá, sino que arruga el mentón y alza las cejas. Su barbilla tiene una sombra permanente, como la de un árbol que se proyecta en el pavimento un domingo a la una de la tarde. Solo que no es un árbol, sino su labio inferior.

Sus labios son gruesos, ambos, casi por igual. El de arriba se curva dos veces como una doble u invertida. Ambos tienen permanentemente un delineador café que, al igual que su pelo crespo, le recuerdan que alguna vez fue negra. A su piel se le olvidó, ha ido perdiendo color de tanta mezcla, pero basta con un ratito bajo el sol para que se acuerde.

Pero nada de esto es ella, a no ser que tenga los ojos abiertos. Parece que allí se encuentra su esencia entera y que todo lo demás es accesorio. Ella es pura mirada y no es hasta que sus ojos cafés se juntan con los tuyos que puedes entender quién es. No necesitas saber más nada; no importa su pelo corto, sus cejas gentiles, sus pestañas curvas, el tatuaje detrás su oreja; solo podrás reconocerla viéndola a los ojos.

Descripción de un reflejo

Tiene pelo crespo, largo y desordenado. Usa gafas redondas de marco dorado, sus ojos están entreabiertos, parecen molestos por el sol. Estatura promedio, no es una persona muy alta. Mueve sus manos impacientemente, tratando de ocuparlas constantemente. No puede dejar su cuerpo quieto por mucho tiempo, algo le obliga a moverse. Sus ojos café oscuro no logran concentrarse en un punto fijo, revolotean por todo el salón.

Usa múltiples collares y anillos, elementos con los que a veces juega. Su expresión corporal denota energía. En su mente se pierde constantemente, el ruido se va y se aísla del universo. Crea un mundo aparte siempre que puede. Le observo constantemente, aunque me evite. A veces hablamos y logro encontrar una ventana a sus pensamientos a través de su voz. Le sigo hasta llegar a los colores, hasta la raíz de lo que es. Se oculta entre capas de experiencia y sus juegos son una parte clave de su ser. No es capaz de quedarse en un solo punto por mucho tiempo, la necesidad de estar en movimiento hace parte de él. Su piel es de música, sus lágrimas son agujas que le destruyen lentamente. En su cara logran encontrarse rastros de sus vidas pasadas.

Soy un espejo en silencio, logra verme y ve su debilidad. Guarda secretos en sus voces, en sus muertes ahondadas en los crespos de su pelo. Se cansa si se para mucho tiempo, su ropa es usualmente grande, que no permita discernir la forma de su cuerpo. Usa aretes grandes. Duerme de lado, sin cobija y con sus gatos. No le gusta su nombre, no le identifica. Huye de mí, no le gusta verse. A veces su maquillaje le brinda una comodidad inexplicable. Camina y deja atrás las formas que ha sido, mutando constantemente en su identidad indefinida.

Confesarte algo como si estuviéramos en terapia

Si mi piel fuera la tierra me saldrían tres ríos del ojo izquierdo. Hay uno que, incluso, va con tanto cauce que ha logrado llegar más lejos y más profundo que el resto. Si lloro, las lágrimas se piden turnos para coger el surco loma abajo y, a veces, cuando cogen mucho impulso o la que está atrás la empuja, logran llegar a las montañas de mi boca. Sé que necesito ir al mar cuando me demoro mucho saboreando la lágrima. Si está salada sé que tengo que ir hacia donde revientan las olas. Si está dulce sé que tengo que ir a donde empieza el río. Cuando soy Juana no veo la arruga e incluso, si la veo, logro quererla, soy capaz de picarle el ojo y de escuchar las carcajadas que me han llevado a tenerla en primer lugar. Cuando soy Lucía la cosa es distinta, a Lucía le encantan las arrugas, pero jamás las mías. Lucía celebra toda característica que los demás llamen imperfección con tal de que no sea nuestra. Aparentemente la belleza se encuentra en las arrugas ajenas, jamás en las propias. Ah, se me olvidaba, jamás van a ver el nombre de Lucía en mi certificado de nacimiento, la bauticé hace unos años cuando me di cuenta de que a veces mi cabeza tenía conversaciones con alguien cuyo nombre no empezaba por J.

10

Secreto a la madre

Escríbale una carta a su madre contándole algo que nunca ha podido decirle. Intente narrar un secreto difícil de contar y explore las emociones que esto despierta en usted. Desarróllelo en máximo una cuartilla.

Conciencia

Para mi mamá.

Hola, ¿cómo estás?

Mami, no tengo otro motivo para escribir esta carta más que mi inmenso amor por ti, por lo que quiero advertirte de las recientes trampas y disfraces con los que el diablo se ha manifestado. Hoy, cuando vayas a la iglesia, el padre te va a decir que me expulsaron; no le creas. Termina rápidamente la conversación y vuelve a la casa, porque es fácil ser engañado por un hombre de tan amable apariencia. Es verdad que no podemos juzgarlo, ya aprendí que todos somos pecadores; aunque tú no tienes que preocuparte porque yo todavía conservo mi mente y corazón puros. Continúo: el cura, viendo mi entusiasmo en el servicio al Todopoderoso, tuvo miedo de que tomara su puesto y comenzó a despreciarme. Yo estaba muy amañado en la iglesia, ma, pero por eso decidí dejar de trabajar en la obra del Señor.

Por favor, no lo escuches, ya sabes lo que dice la palabra: tenemos que estar preparados para distinguir entre lo bueno y lo malo. Cuando mencione lo de las campanas debes creer en mí, que soy tu hijo. ¿No lo viste el domingo pasado? Estaba tan concentrado en mi oración con el Altísimo que olvidé tocar el instrumento mientras él levantaba la hostia consagrada. Caí en cuenta de mi inocente error cuando, como es costumbre, el pellizco en la muñeca me hizo volver a mi labor terrenal. El pobre ciego no me comprendía, lo había visto tan viejo y con tan poca fuerza cuando levantó las manos por primera vez que, movido a misericordia, empecé a pedir por él. Pero no puedo explicárselo, no me creería. Es por eso que no puedes confiar completamente en sus palabras, él no conoce la razón de mis acciones.

Si llega a decir algo sobre las hostias te darás cuenta de que me está acusando falsamente. ¿Cómo podría comerme de forma tan mundana los elementos de la comunión?, ¿el recuerdo del sacrificio de nuestro Señor? Es que ese cura es muy avispa. Aprovechándose de estas mentiras y de sus amplias vestiduras, sacaba un par de llaves que intercalaba como garras entre sus dedos y con las que me golpeaba en la cabeza, produciendo el mismo sonido hueco que aún soy capaz de recordar. Por eso renuncié.

Amá, si lo escuchaste hasta este punto déjame decirte que yo no me robé parte de los diezmos. Tal vez solo una o dos veces. Pero no te enojés, mami, por favor. Todos los muchachos comen algunas hostias, no soy el único que lo hace. Así que no lo tomes tan en serio. Por favor, ma. Usted sabe que yo no olvidaría tocar la campana por andar de elevado con alguna muchachita. Por favor, perdóneme mami.

Por favor, no se enoje. Créame, ¿sí?

Por favor no regrese de la iglesia sin pedirle al señor que le dé paciencia y misericordia para perdonar mis errores.

Por favor, ma. Por favor no se enoje.

A mi mamá muerta

A Pocho, que espera que recuerde todas sus historias.

Mi mamá se murió esta noche.

No sé qué decir sobre ella, no sé qué pensar, si tengo algo bonito pa decile... alguna vaina sincera, pero ¿qué cosa bonita le puedo decir? ¿Qué cosas buenas recuerdo de ella?

Mamá:

Cuando me acuerdo de usted recuerdo las pelas que nos daba, con el zurriago, con la correa, con lo que se encontrara, y que Nepe y Susa terminaron llevándose los guarapazos que usted nos daba a nosotros. Recuerdo cómo me mandó a pararme encima de ladrillos hirviendo porque me orinaba en la cama, la pela por arrimarme a donde los toros con Rafael y Lucas...

¿Por qué? ¿Por qué, mamá?

Yo nunca la entendí, por qué se ensañaba tanto conmigo. No me pudo haber dado más juete pa castigarnos a Rafael, a Lucas y a mí, y lo hacía al lado de mi papá mientras él estaba ahí tirado muriéndose en una cama. Una vez Lucas y yo cogimos una plata del aparador pa salir de rumba, y que eso era robarle y amanecimos en la cárcel de cuenta suya. Cuando Paulita nació lo único que le dijo a Norella fue que no iba a ser capaz de darme un hombre. ¡Tan bella usted!

Yo no le guardo rencor, sé que trató de hacer lo mejor para nosotros. Yo sé que usted es mi mamá, ¡pero poquitas más brutas puede haber!

Claro, cómo iba a ser capaz con ese mundo de brutos por ahí. Mi papá es el que era capaz de cuidar las fincas, de mantener la casa, pero usted nunca pudo dejar de ser tan mezquina y resentida. Siquiera ya soy capaz de decirlo claramente: resentida, y por eso es que miraba con tanta rabia a todo el mundo, porque pasó a tener de la noche a la mañana un mundo de plata, cuando de chiquita repartía huevos. Estaba muy sola, pero ¿yo por qué le tengo que tener pesar? Si sentía miedo cuando estaba chiquito, si no podía contar con usted, cuando me cuidaba más Nepe que usted, y me dio siempre mucho más apoyo.

Yo sé que no he sido un buen papá, que cometí muchos errores, pero por lo menos traté de ser mejor, por lo menos con mis hijos, aunque yo no me merezco los hijos que tengo.

Al fin le tengo que decir a Paulita:

—Yo no quiero a mi mamá. La mayoría de recuerdos que tengo de ella son malos, sufrí mucho con ella. Pero es mi mamá.

Querer

Domingo 18 de septiembre de 2022

Hay algo que aún no te he dicho y no sé si te lo diré. Tal vez me lo guarde esperando a ver si un día una hija mía, si es que llego a tener, necesita de esta anécdota. Así tal vez la resguarde de cometer mis errores, cometerá los suyos, pero los míos serán siempre míos.

No sé si recuerdas a ese primer novio mío con el que empecé a salir en mi último año de colegio. Pensé que después de varios años me generaría nostalgia recordar una de esas etapas a las que llaman “las mejores de la vida”, más me revuelven las emociones los eventos que sucedieron hace un año, contrario a las que sucedieron hace cuatro. Hace unos días escuché un secreto: para saber cuándo algo ha sanado se debe poder hablar al respecto sin que el corazón se haga chiquito. Sé entonces que algunas cosas ya sané, y que si escribir esto abre nuevamente una herida no tomará mucho antes de que vuelva a sanar, tal vez ahora sin dejar cicatriz. Bueno, mi novio, que te caía tan bien, con el que nos reíamos y conversábamos por horas cuando venía a la casa... “parece un buen muchacho”, me decías, y yo respondía que sí, sabiendo en el fondo que no lo era tanto. Yo sentí que lo amaba, la verdad que sí. Lo quise muchísimo y tal vez por eso se me murió la razón. Debería empezar a contar la historia, antes de que tu corazón de madre se imagine cosas peores de las que pretendo contar. La cosa es que no sé cómo contarlas, pues no estoy segura de cómo pasaron. En el momento ni siquiera las noté, pasaron desapercibidas, nunca me detuve a cuestionarme ni me pregunté el porqué de las cosas. Ahora me tengo que valer de mi sesgada memoria para traer de vuelta los sucesos, sin mencionar que al relatarlos estarán probablemente alterados debido al encogimiento del valor propio que me genera pensarlos y contarlos como son.

Esta relación que mantuve por cerca de un año carecía de reconocimiento ante los límites, el respeto mutuo y el consentimiento. Nunca peleábamos y yo por eso me enorgullecía, pero no me daba cuenta de que el daño causado por la naturaleza de la relación era peor que el que podría haber surgido fruto de una pelea. Toda la relación giraba en torno a un aspecto que sin importar si durmiera o llorara se mantenía como prioridad. Bello sería que este fuera algo como el cariño o el ya mencionado respeto, pero no. Más bien era una intimidad forzada, pactada a mantenerse independientemente del deseo de hacerlo.

Lo abstractamente dicho es lo que he llegado a concretar en los últimos años, que sin ser mucho me ha tomado numerosas conversaciones, lágrimas y preguntas. Ahora sé lo que hace un tiempo no sabía. Además, he podido notar (y te alegrará saberlo) que aún sé querer y aún quiero, bajo mis propios términos, querer.

Si decido hacer que estas palabras lleguen a ti, esperaré impaciente tu respuesta, de lo contrario, quedarán bien guardadas en una cajita esperando algún día ser leídas.

Con alivio y cariño...

Problemas personales

Madre, mamá, mami, señora que me parió, ser de luz. Desde hace días que me cuestiono el cómo llamarte. Querida madre, quizás con esas dos palabras debí comenzar. Pero, no importa. ¿Qué le interesa al muerto como lo llamen?

Ahora que no estás se me hace más sencillo decírtelo, ¿te acuerdas?, era el tema del desayuno, de los domingos, de las visitas donde las tías, la abuela y cualesquier familiar que se atravesaba. De niña me refugiaba en el mutismo, en la timidez, en la obligación social de ir a jugar con los primos. Pero tuvieron que pasar los años y esas estrategias caducaron; sin embargo, para mi consuelo, llegaron las tareas, los trabajos grupales, las horas de estudio. Entonces así pude distraerte por unos años más con el emblema de “dedicarme al colegio”.

Mamá, ¿te quiero?, mamá, por qué siempre preguntas, mamá, me duele oírte.

Fuiste una mujer constante, nunca desististe de tu interrogatorio. Al principio eras comparativa, “¿a quién quieres más, a tu papá o a mí?”, al crecer, aquello se volvió reclamo, “no me quieres, ¿verdad?”. Y nunca pude responderte, solía sonreír y mirar hacia otro lado, cambiar el tema, intentar borrar la pregunta.

El tiempo permite una distancia imparcial, imagino. Quizás sí te quería, pero a falta de entender las palabras recurría a la negativa en mi cabeza, que nunca quise revelarte.

¿Qué te diría hoy? En este presente, del papel, constante e inmutable. ¿Te diría que te quise y nunca supe decírtelo?, ¿te diría que me siento agradecida por tus cuidados?, ¿te diría que las palabras no tienen peso, que no importan?, o ¿te confesaría que nunca supe responder?, que ese reclamo constante formó en mí aversión a esas dos palabras.

¿Pudo haber sido miedo?, miedo a aquello que no se entiende, miedo a tus gestos, a lo que implicaría aquella confesión. Si hubieses oído esa confesión, ¿habría sido suficiente? Mami, incluso hoy, no puedo cumplir con tu demanda, espero te sirva de consuelo conocer que me preocupa este asunto, este del “te quiero”.

11

Objetos parlantes

Narre una acción de su vida cotidiana desde la perspectiva del objeto que la acompaña. Por ejemplo, relate la preparación de un café desde la perspectiva del pocillo en que se sirve. Trate de describir con detalle todo lo que ocurre desde los ojos de este objeto. Desarróllelo en máximo una cuartilla.

Detenido en el tiempo

He perdido el sentido. He perdido el sentido de mi existencia y ahora soy solo una vasija vacía, una maceta de adorno, un cántaro hueco. Antes, alguna vez, lo máspreciado. Recuerdo que siempre quería estar conmigo, me llevaba a todas partes, me observaba con detenimiento, estaba orgulloso de poseerme. Pero llegó el día, llegó el día en que ya no le serví más y buscó en otro lugar lo que solía necesitar de mí. Jamás intentó repararlo, aunque fuese remediable. Simplemente se rindió. Al principio me miraba con emoción en las mañanas, y cuando se daba cuenta de que aquello que buscaba hacía falta, me miraba con horrorosa decepción. ¿Cómo no? En definitiva, he cambiado, ya no soy suficiente, soy un ser detenido en el tiempo.

Aún a veces, se acuerda de llevarme consigo. Me mira por la mañana, y con una sonrisa melancólica me lleva de la mano y pasamos el día juntos. En ocasiones, me dirige una mirada, pero sus ojos, rápidamente, se marchan. Ya no encuentra nada en mí. Otras veces, ni siquiera me mira antes de partir. Eventualmente, trata de convencerse de que nada me hace falta, que soy lo que necesita; pero ambos sabemos que nos estamos engañando, que he perdido mi esencia. Entonces lo recuerda, me vuelve a abandonar y yo me quedo aquí, en soledad, durante horas, días, meses...

Ahora, casi siempre me quedo en casa. Lo espero en la habitación, junto al tocador, y recuerdo su tacto, su piel suave, el sudor de sus manos, el calor de sus brazos. Me quedo en casa anhelando volver ser quien solía, a tener energía, a no parar jamás y que me diga, con amor y con enojo, ¡que me detenga!, ¡que voy muy rápido! Pero ahora, solo hay quietud y parece que nada me despertará jamás. No le culpo por abandonarme. Finalmente, ¿de qué sirve un reloj sin baterías?

Amar los días soleados

Por estos días he sido de utilidad, pero no sé si eso es algo positivo o no. Paso casi todo el año perdido en medio de objetos inútiles: a mi lado, un bastón que marca la ausencia, una camiseta vieja con las huellas de la última remodelación de la casa, marcadores secos, cepillos en forma de flor, trozos de juguetes, cartas y fotografías rasgadas.

Generalmente, se acuerdan de mí en pocas ocasiones y, cuando lo hacen, no pueden evitar maldecir a la vida, a sí mismos y al incomprensible clima. Imagino esa escena, sonriendo, cómodo en mi rincón olvidado.

La casa suele estar deshabitada, pese a que la llaman suya, entonces puedo permitirme recorrerla a mi antojo. A veces, simplemente me quedo en la ventana viendo cómo cae la tarde. Los rayos del sol se han convertido en una buena compañía, ojalá todos los días fueran así.

Hoy salí a pasear, debo admitir que odio mojar mi cabeza, chocar otros de mi especie, ser movido por el capricho de aquel que se cree amo. Lo peor es que, luego de tales complicaciones, soy de nuevo un mero estorbo. Recibo patadas y el charco a mi alrededor me hace merecedor de miradas llenas de desprecio. Casi siempre me olvidan y alguien, aún emparamado, me cierra, se pregunta de quién será “eso” y... bueno, de vuelta a mi lugar con lo inservible.

Mi sueño es, un día, navegar en la tormenta, y así, libre de aquellas manos que me encadenan, construir, en un sitio apartado, mi propio olvido.

Historias cruzadas

I

Las estanterías suelen ser monótonas y poco atractivas. O al menos eso leo en la cara de cada persona que se acerca. Por lo general, suelen tocar y curiosear con desinterés los objetos exhibidos allí. Incluso recuerdo aquel día en que un humano, urgido, me tomó y se fue deprisa.

II

Mi vida empezó cuando al ser sujetado por aquel humano se construía un significado de mí. Al fin, después de mucho tiempo, entendí para qué había venido al mundo. Y no solo eso, sabía que había encontrado un amigo. Un amigo con el que compartía las clases: era testigo de los corazones que dibujaba al final de cada carta de amor y escribía quien sabe qué, o de las respuestas del examen que el compañero de al lado le pasaba, pero que al final, reprobabas.

Tú compañía me hacía pensar que me eras correspondido, pero con el tiempo me di cuenta de que mi vida se había construido a base de engaños, porque ya no me querías. Te daba igual mi paradero, se hizo rutina olvidarme o, incluso, prestarme como si careciera de encanto.

Recuerdo cuando sin reparos me dejaste con alguien más que, por desgracia, desconoce todo concepto de amabilidad. Ese día me invadieron, me despojaron de mi cuerpo, me desmembraron. Ese día sentí por completo que podía ser de cualquiera, menos de mí mismo. Ese día como ningún otro descubrí la traición.

III

Ese día me cambiaron de cuerpo y ni cuenta te diste, —¿así de igual soy a otro? ¿En serio carezco tanto de identidad? ¿Me conoces tan poquito?—. Tal vez de eso se trata la vida de los lapiceros, estamos expuestos a esperar y a sobrellevar los duelos en solitario. A esperar a que alguien nos encuentre en alguna parte, les resultemos útiles y, con fortuna, nos lleve consigo.

IV

A sobrellevar el duelo a ver nuestra tinta agotarse, secarse, ocultarse con liquid paper. No volver a funcionar jamás. Ahora otro ocupa mi lugar. Ahora, —¿qué sé de mí?: Que soy un exiliado más. Ahora sé que es mejor nunca ser elegidos, porque en la historia de los lapiceros, nuestros colores son para otros, nunca para nosotros mismos.

12

Escritura inquisitiva

Describa las acciones de un personaje desde la perspectiva de una persona que lo odia y luego desde los ojos de una persona que está enamorada de él. Haga uso de abundantes juicios de valor y trate de llevar al extremo del odio y del amor las descripciones del personaje. Desarróllelo en máximo una cuartilla.

Paralelismos

Hoy festejo un año más al lado de mi amado, un ser maravilloso, intachable y valeroso. Siempre me consideré afortunada de que alguien como él se fijara en alguien como yo. Sí, no puedo negarlo, me cautivó el cristal de su mirada y me volvía otra cuando él pronunciaba mi nombre, tanto que me creía suya, suya para siempre, y yo, al abrazarlo, me imaginaba por siempre al lado tuyo, como lo juraste aquel día en el altar.

Aún recuerdo cuando compramos nuestra casa y soñábamos hacerla nuestro hogar. Lo que más me cautivó fue el jardín, un jardín en el que imaginaba un pequeño parque para nuestros hijos y enseñarles el arte de la botánica. Y ahora me pregunto qué hubiera sido de mi destino si en aquella chanza juvenil de “verdad o se atreve” tú no te hubieras atrevido a sujetarme la mano, mirarme fijamente, acariciar mi cabello, deslizar las yemas de tus dedos por mis mejillas y rozar tus labios con los míos. Si, cómo olvidar aquel instante en el que las coincidencias no pudieron ser más absurdas, pero también el instante en el cual el revoloteo de mariposas que desde niña sentía por ti creció exponencialmente.

Pero ya han pasado 20 años desde que nos casamos, y pienso que es mucho tiempo para vivir tan alejada de la realidad. Hoy sé que ese estorbo de masa ubicado en el rincón de la cama no es más que un total extraño. Un extraño a quien le perdoné mentira tras mentira, un engendro inútil que absorbió mi juventud, mi vitalidad. ¿Cómo hubiera sido mi vida si tan solo me hubieras dejado plantada?, y si más bien hubieras dicho una verdad en aquel juego ridículo. Tal vez si hubiéramos jugado así, hoy no estaría tolerando los cólicos de un vientre que sólo engendra larvas, de unas manos que solo recogen podredumbre de nuestro jardín y de una faringe que se quema por no querer admitir que la otra te conocerá mejor de lo que yo te conocí.

Nuestra madre

I La odio

Doña señora se levantó otra vez con los cables cruzados. Siempre es el mismo asunto los sábados, no duerme ni deja dormir, deja que la luz insoportable de las seis de la mañana se entre a la casa; las ollas traquean, los cajones se chocan y la canción a todo volumen, la misma canción de siempre, ya me la sé y todo:

*Yo no te hago falta, eso ya lo sé
ni ahora ni mañana, siempre ha sido así;
busco una salida, y hoy no sé qué hacer,
estoy desesperada, voy a enloquecer.*

Los alaridos que todavía le salen se deben escuchar por toda la cuadra, ¡qué vergüenza con los vecinos! ¡Qué vergüenza todo con ella!: que salga a la calle despelucada y mal vestida, que toda la semana huelan el olor a quemado que sale de nuestra cocina, que vean cuando me planta un beso en la frente antes de salir corriendo para el colegio. Quisiera que esa pequeña maratón hasta el bus no acabara, quisiera seguir corriendo sin detenerme, llegar al filo del país y seguir andando, llegar a donde nadie me conozca, y por fin inhalar sabiendo que no respiramos el mismo aire, que no me esté vigilando con sus ojotes redondos y que su voz pastosa no diga mi nombre nunca más.

Ojalá hoy se largue temprano a su misa y nos deje en paz, cualquier minuto en que no le huela su crema de huevo es ganancia. ¿Cuándo voy a poderme ir de este hueco que ella ha cavado con paciencia para retenernos? Cuando se muera quiero que la entierren para no volvérmela a topar jamás, nada de estar regando las cenizas al mar, ¿para qué? Si nunca nos llevó, todo han sido promesas incumplidas y regaños injustificados. Ahí viene el olor otra vez...

—¡Vengan a desayunar!

II

La amo

Debió pasar mala noche desde que anda levantada tan temprano, no le gusta quedarse acostada porque le enseñaron que las horas de ocio son del diablo. La cocina está movida, debe estarnos haciendo el desayuno, ojalá hoy no se le queme nada, ahora salgo a ayudarlo. Los sábados son obligatoriamente los peores días, se le vienen todos los recuerdos y no hay como contrarrestar esa tristeza. Al menos le quedan las canciones de Ana Gabriel, que se le dan tan bien con esa voz ronca, podría escucharla toda la vida, me estremece pensar que un día me voy a despertar y ella ya no va a existir.

Todo lo que ha trabajado ha ido a dar a otro lado, a veces la vida está llena de injusticias, pero al menos acá estamos para acompañarla, para decirle con un abrazo que no se preocupe, que cuenta con nuestro apoyo y que pase lo que pase su cuidado es lo que nos ha guardado la vida. Cómo quisiera llevármela de viaje, que viera el atardecer en el mar, como en las películas, y que el mar le vea los ojos llenos de esperanza, de dicha. Que sepa que todas sus oraciones han surtido efecto, que ya no se tiene que preocupar tanto. Comprarle muchos vestidos para que camine por una arena tibia y que no tenga que volver a picar una cebolla en la vida, o bueno, al menos no tantas como ahora.

Hoy quiero ir con ella a la oración, agradecer la vida que nos dio y todos sus consejos. Ay no, por estar acá pensando se le quemó...

—¡Vengan a desayunar!

Eat time X 3

Creo que no he visto criatura tan bella. Mi papá siempre decía que no le tomara fotos a la gente comiendo, que iban a quedar con gestos por lo mínimo graciosos. Pero he encontrado la excepción. Mastica con tanta ternura que puedo libremente imaginar cómo ese platanito está convirtiéndose en masa dentro de esos adorables dientes. ¡Oh dioses! He encontrado el fruto de la ambrosía, compartir boca con boca el alimento, recibir del ser querido el pan. ¿No lo hacen los pájaros?, si tan solo me mirase, si no posara su esperanza en otro lado, si no esperara su opinión.

¡Ay, cómo se ríe luego de haberse tragado el platanito! Algo de este ha quedado entre sus dientes, ese pedazo dorado parece adornar su sonrisa. Ay, si me mirases, mi dicha sería envidiada por los mismos dioses. Solo contemplas las galletas, dos por nueve mil, qué estafa.

En días como este siento envidia hacia cosas tan triviales. Cuento las veces que masticas, la frecuencia con la que tomas el vaso, el tono en el que sorbes. Cuento la distancia, en dedos, entre tú y yo. Me asombro al saber que estamos solo a diez, y que basta con que te reclines para que nuestros brazos se rocen. En un momento lo hacen, pero es breve y lo atesoro.

Comes en un tempo de allegretto, desearía que fuese lento, así la escena se prolongaría al igual que mi dicha. A mi pesar, aquello no hace parte de tus consideraciones. Siempre que terminas te marchas, nunca haces caso a mis ruegos. Solo sonrías, ya sin el platanito, me abandonas.

...

Ha pasado casi media hora y este pedazo de mierda sigue ahí, tragando. Le tengo al lado, se me hace insoportable los sonidos que produce, las babas que se le escapan, el ruido al tragar.

Si tan solo se apurara podría retirarme sin tener que infringir lo social. Por favor, ¿por qué mastica así de lento?, ¿por qué se detiene a conversar?, ¿por qué espera que opine algo? Soy consciente de que cualquier intento por mi parte de seguir la conversación va a convertirse en una oportunidad para que algún comentario surja y me desvele.

Cuántos “Ave María” se necesitan para que se atragante. Una muerte absurda es lo único que merece. Sin embargo, sus grotescas maneras le salvan de atorarse con el plátano. Ahora cuando ríe, un feo pedazo amarillo le asoma por sus dientes. La manera idiota de mirar esas galletas me enfurece. En qué momento se reclinó en mí. ¡Qué pesadilla! Lo único que logra salvarme es su plato vacío. Siempre que termina se va, en ese momento tiene algo de mi gratitud.

Nudillos sabe pronunciar la R y Bruno la P

Putazo. Puto de mierda. Me provoca lavarme la boca después de decir su nombre, ¡qué hombre tan desagradable! Pablo, nombre de idiota, ¿qué pensaban tus padres? Te querían poner el nombre de un pebete para que te vieras ridículo a los cuarenta. Tremendo pelotudo. Así te veo yo, Pablo: ridículo. Como lo que sos.

Pero por Dios, boludo. Que ni sabes cortarle la condenada hoja a la planta. Miralo, miralo no más. Putazo, es que es un putazo. Está ahogando ese lapacho. Le ha tirado casi media jarra de agua. Nudillos, hace algo. No tiene idea. Te aseguro que no tiene idea de qué árbol es ese. Andá. ¡Se pudre todo! Me rompe las pelotas tenerlo de vecino. Se pudre todo, ¿o no, Nudillos? Nudillos se lame la pata, no se apura en dar respuestas.

Agrio es lo que sos, Bruno. Recogé tus pesares. No ves que aquel vecino es todo un Gardel. Me tiene remolacha con róballo todas las mañanas y no pepas con sabor a rancio como vos. Una rampita para subir a la cama, repisitas en toda la pared para acurrucarme y hasta un retrato mío en pleno comedor. No es un lapacho, Bruno. Es un sauce. Vos tampoco sabes de plantas pelotudo, se te está muriendo la suculenta que compraste hace cuatro semanas. ¡La puta suculenta, la que no necesita ni agua, Bruno! Mirá a Pablo, mirale la terracita que tiene y la regadera con la que riega el sauce. ¿Si ves el relojito que tiene? Cada que dan las tres se relaja y me acaricia. Como debe ser, Bruno. Hermoso, precioso es lo que es Pablo. En treinta minutitos es la hora de ver la tele con él. ¿Me disculpas, eh? Pero este triste tigre va a tragar trigo en el trigal de Pablo.

13

Rutina antagónica

Narre un día en la vida de una persona que, según usted, altere de algún modo la convivencia. Relate un día completo de su vida cotidiana, desde que se despierta hasta que se acuesta a dormir. Desarróllelo en máximo una cuartilla.

Así soy yo

El bebé aún no se despierta. Me levanto y voy al patio a ver cómo está mi ropita. La gente de esta casa no entiende que, cuando lavo, el espacio es solo mío y que no pueden pasar por ahí por nada del mundo. ¡Una toalla encima de mi ropa! La lanzo, donde caiga. Esta gente no entiende. Hablo fuerte para que todos me escuchen: “Gasss no respetan es nada. Asquerosos. Y después quieren que uno no les toque nada”. Entretanto, mi bebé ya se ha despertado. Alguien le ha hecho compañía y lo dejó entretenido comiendo. Tiro furiosa el peluche que subieron a mi cama, no entienden que están muy sucios como para estar ahí. Por lo menos no me ensuciaron el piso.

Esta no es mi casa, pero no importa. Que no toquen mis cosas, que no me den consejos sobre cómo debo cuidar a mí bebé, que no entren a mi baño. Me traen el agua caliente y están preparándose el desayuno, es lo mínimo, porque no sirven ni para cuidar al bebé cuando estoy ocupada. Se acabó mi desodorante, voy a usar este, para qué no guardan las cosas.

Me arreglo, lo arreglo a él. A la guardería, y yo, a trabajar.

Ahí es cuando comienzan las sonrisas, algunas menos falsas que otras, siempre la máscara. Yo nunca deseé terminar así. No nací para esto, no tengo paciencia, y pese a ello decidí tenerlo. Doy cuanto soy capaz y sé que no es suficiente. Tal vez algún día él repita mis palabras: “¿para qué me tuvieron?”. Hoy volví temprano. El bebé está mimado y no me lo quiero aguantar, así que le digo a mi hermanito que lo cuide; “necesito mandar un correo”, le digo. En realidad, le escribo a él, pero, si llama, debo estar medianamente cerca del bebé para decirle cosas como “príncipe”, “¿qué haces?”, “¿cómo estás?”, “¿quién es el bebé más lindo?”, para que él sepa qué buena mamá soy.

A veces se me olvida y mi hermanito no está por ahí y el bebé riega el jugo o pone patas p'riba la cocina.

Después de cenar, nos acostamos. No importa lo temprano que esté: que nadie diga ni una sola palabra ni que prendan la luz de la habitación de al lado. Se cansan de que los calle, empiezo a ver videos, sin audífonos, hasta la medianoche.

La forma de la sangre

Como de costumbre, desperté en la madrugada, antes de que el alba llamara a mi puerta y el gallo de pelea hiciera su molesto recital. Aún me pregunto:

—¿Por qué no me he desecho de ese desdichado gallo?

Sin darle más rodeos a este insignificante animal, pienso que no soy tan distinto a él. Mientras observo al miserable gallo, me percató de que hay un sobre abandonado, saco mi navaja y, con potencial de cirujano, deslizo la cuchilla sobre el borde de este, extraigo la carta y leo su contenido: es una oferta de empleo de esas que me gustan tanto.

Punto de encuentro: Montes de San Agustín, por la entrada norte.

Hora: 15:00

Alisto mi deshonra y mis juguetes, no espero a nadie, nadie espera de mí, es el camino interminable hacia la nada. Llego al destino, saludo al transeúnte que pasa, le ofrezco una sonrisa amigable y a unos cuantos pasos observo una casa abandonada: mi hogar por ahora. Saco el armamento, en especial mi siempre fiel rifle.

Lo ubico en un área desapercibida y, por el punto de mira, observo al niño que corre tras el balón, al campesino que carga un bulto de papa, la ama de casa que ordeña la vaca... En fin, nada extraño, aunque ese día se escribirá la historia en renglones torcidos. Cubro con una manta el rifle y me doy una siesta mientras tanto.

Pasadas las 17:00 horas, recibo la orden, me incorporo, desvisto el arma, me pongo en posición y busco un objetivo en mi radar. Todos están en sus casas descansando. Apunto, inhalo y presiono el gatillo. Los vidrios de las ventanas se desploman, el eco del espanto ensordece a los residentes.

Los vecinos salen y gritan como de costumbre en estos casos, ellos también se vuelven objetivos.

Los objetivos pueden ser paradójicos. No espero a nadie, nadie me espera a mí, el camino interminable hacia la nada, y ahora eso es solo lo que queda de este pueblo.

Paquito

Hoy me levanté tarde. Ayer la pelea se extendió más de la cuenta y llegué a la casa como a las dos de la mañana. No estoy seguro, no vi la hora. Sonia se puso brava como siempre y eso que casi no tomé. Amanecí sin guayabo. Menos mal porque estaba de turno. Debe ser porque tomamos ron y no guaro. A mí siempre me joden por eso. Que qué marica por no tomar guaro. Yo no me doy mala vida. Si todos quieren guaro yo me compro mi medicita de ron pa mí solo.

En fin, salí temprano a camellar. Yo siempre agarro el taxi como a las ocho, me tomo un tintico por ahí, hago unas carreritas y al medio día busco dónde almorzar. Hoy decidí variar: me comí un sudado de bagre para celebrar que anoche Paquito ganó dos veces. Me ha salido lo más de bueno el gallito. Y eso que se demoró harto pa cantar. Yo no le tenía fe.

Por ahí a las cuatro bajo a la estación, hablo con el jefe, lo normal. Ya luego me echo otras carreras y tipo siete vuelvo a la casa, saludo a la niña, como lo que haya preparado mi mujer y me pongo a ver qué hacer. Casi siempre veo televisión, me tomo unas cervecitas y me duermo. Ayer no, porque era jueves, y los jueves Paquito me saca de pobre.

AUTORES



Matilda Lara Viana

Su relación con las Letras comenzó desde muy pequeña en la biblioteca de su abuelo. Desde niña le interesaron los libros viejos, llenos de polvo y tiempo. Actualmente estudia Literatura en la Universidad EAFIT y es coordinadora del Semillero de Investigación en Narrativa y Hermenéutica Literaria. Su recorrido como lectora y su experiencia vital la han llevado a creer en el poder transformador de las palabras, los libros y la literatura.

matildalaraviana@gmail.com
[@matildaconaaaa](https://www.instagram.com/matildaconaaaa)

Luisa Fernanda Montoya Vélez

La atrapan desde siempre las lecturas que sirven para trazar el camino hacia las posibles respuestas a sus preguntas vitales, lecturas que la conectan con sus preocupaciones más íntimas, mostrándole las formas en las que puede ser el mundo y no es, las que es y no debería ser. Es estudiante de Literatura en la Universidad EAFIT y miembro del Semillero de Investigación en Narrativa y Hermenéutica Literaria. Le interesan la crítica literaria y cultural.

luisafernandamontoyavelez@gmail.com
[@luisa_montoyav](https://www.instagram.com/luisa_montoyav)

Manuela Ramírez Hincapié

Desde pequeña se sintió atraída por las historias que la rodeaban. Más adelante, se convertiría en una curiosa exploradora de las letras. Actualmente estudia Literatura en la Universidad EAFIT, hace parte del Semillero de Investigación en Narrativa y Hermenéutica Literaria y del Semillero en Mediación y Prácticas Pedagógicas para la ASC de esta universidad; es monitora del proyecto de investigación Literatura, vida buena y convivencia. Su pasión por los libros y la escritura la han conducido por la cálida amistad que conecta a una persona con el mundo representado entre páginas de tinta.

manurh201@gmail.com

Miguel Echavarría Vásquez

Dependiente de la imaginación, amante de los buenos personajes y las buenas historias, Miguel siempre ha tenido imágenes muy claras y vívidas en su cabeza que trata de buscar al hacerlas historias. Actualmente estudia Literatura en la Universidad EAFIT, hace parte del Semillero de Investigación en Narrativa y Hermenéutica Literaria, del Grupo literario Letras y del Semillero de teatro Tomate y Albahaca. En sus obras Miguel busca mezclar lo que ve y lo que le obsesiona para contar algo.

miguelechavarriav@gmail.com
[@migueevam](#)

Estefanía Cardona León

Tuvo un encuentro tardío con los libros, pero desde que logró acercarse lo suficiente, se aferró a ellos con fuerza. La maravilla la capacidad de las palabras para cambiar el mundo e iluminar nuevos senderos en sí misma. Siempre ha preferido la fantasía y siente un profundo interés por las historias para niños. Actualmente, estudia Literatura en la Universidad EAFIT y hace parte del Semillero de Investigación en Narrativa y Hermenéutica Literaria.

estefaniacardona122@gmail.com

Caterin Bibiana Giraldo Giraldo

Bibiana cree en el poder transformador de la palabra y en la sensibilidad que esta propicia a través de los personajes, sentir lo que sucede como si fuera cada uno de ellos: vivencias, problemas, preguntas existenciales. Bibiana estudia Psicología en la Universidad de Antioquia, y participa del Semillero de Investigación en Narrativa y Hermenéutica Literaria.

giraldogiraldo96@gmail.com
[@bibiana_giraldo](#)

Liliana Nieto Sánchez

Las preguntas que la rodean constantemente originan la necesidad de sumergirse en libros buscando respuestas. Respuestas que se transforman en nuevas dudas. Actualmente es estudiante de Literatura de la Universidad EAFIT, donde hace parte del Semillero de Investigación en Narrativa y Hermenéutica. Su intensa curiosidad se vale de la literatura como recurso para encontrar verdades entre susurros.

liliana.nieto9921@gmail.com
[@lili_nieto24](#)

Verónica Curátola

Hubiera querido ser astronauta o reina, pero como esas cosas no se le dieron, se dedicó a escribir. Su amor por las letras la ha llevado por diferentes meandros del quehacer: el periodismo, la creación de guiones, la traducción, incluso ha sido redactora de cartas de amor ajenas. Es comunicadora de la Universidad del Cauca y maestranda en Hermenéutica Literaria en EAFIT. Hace parte del Semillero de Investigación en Narrativa y Hermenéutica Literaria y de la corporación Cinecultivo Estudio.

curatolave@gmail.com
[@pacifico.cromatico](#)

Juan Simón Benjumea

Las fauces de las letras le atraparon desde su primer respiro. La búsqueda constante de nuevos mundos y realidades se ha planteado como una de sus más grandes preocupaciones, la creación en el arte, desde el cine hasta la literatura como encuentros posibles. Estudia Literatura en la Universidad EAFIT, y hace parte del Semillero de Investigación en Narrativa y Hermenéutica Literaria y del Semillero de Poética y Traducción.

Juansimon.benjumea@gmail.com
[@juansi4422](#)

José Dionisio Calderón

Heredó de su abuelo esa inexplicable necesidad de escribir. Terminó sus estudios de secundaria un poco desubicado, pero con la sospecha de que los libros y las bibliotecas serían su norte. Ingresó a la Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital, donde confirmó su amor por las letras y descubrió que la educación sí puede transformar el mundo. Viajó por un tiempo para aprender un segundo idioma y conocer otras culturas, regresó a Colombia con el fin de realizar la Maestría en Escrituras Creativas de la Universidad EAFIT. Actualmente es docente de la Secretaría de Educación de Medellín y participa en el semillero de Investigación y Hermenéutica Literaria.

jdcalderonr@gmail.com
[@josedioni4](#)

Estefanía Roncancio Vergara

Con el deseo de aprender a leer y a escribir. Una estudiante de Literatura en la Universidad EAFIT, que a ratos se cuestiona para qué sirve su carrera. Disfruta de coleccionar respuestas. Quizás, este libro sea una de ellas. Participa en el comité de literatura y el de música de la Organización Estudiantil, en el Parche Literario, el Club de odio crítico, el Grupo Letras y el Periódico Estudiantil Nexos.

estefaniaronver@gmail.com
[@roncancio_e/](#)

Juana Castro Vargas

Cree firmemente que los errores deberían ir en la hoja de vida. Se le ocurren pedazos de cuentos que aún no escribe cuando está a punto de dormirse y le apasionan las historias y el disfrute de estas a través de los cinco sentidos. Es la hija de una artista y un marinero y los honra encontrando belleza en la cotidianidad. Siente curiosidad por la relación y la interacción entre la naturaleza y el humano. Cuando le preguntan de dónde es, prefiere decir que es de tierra caliente en vez de mencionar alguna ciudad. Frunce el ceño no por falta de carisma, sino por exceso de concentración. A ratos estudiante, a ratos curadora, en las noches escritora.

[@avenidaalmar](#)

Bibliografía

- Nussbaum, M (2019). *El cultivo de la humanidad: Una defensa clásica de la reforma en la educación liberal*. España: Paidós
- Queneau, R. (2006). *Ejercicios de estilo*. España: Cátedra
- Carreño, P. (2012). *El arte de narrar: taller de escritura narrativa*. España: Tirant Humanidades
- Shua, A. (2017). *Cómo escribir un microrrelato*. España: Alba
- Gil, B. (2020). *Reto Bradbury. Cuadernos para escritores*. España: Páginas de espuma
- Gotham Writer's Workshop. (2012). *Escribir Ficción: Guía Práctica de la Famosa Escuela de Escritores de Nueva York*. España: Alba
- Kohan, S. (2013). *La escritura terapéutica. Claves para escribir la vida y la creación literaria*. España: Alba
- Giraldo, E. (2018). *Control de cambios. Ejercicios de escritura creativa*. Colombia: Editorial EAFIT

Imaginamos
las formas en que la
literatura se pone al servicio
de la ética y obtuvimos este
libro semillerista como resultado
de nuestro proyecto “Experimentos de
imaginación narrativa: la recepción ética
de obras literarias y la escritura creativa
como herramientas para el estímulo de la
empatía”, ejecutado durante el año 2022.
La tipografía de las cajas de texto
pertenece a la familia Minion Pro,
títulos a la familia Editorial New
y subtítulos a la familia
Space Grotesk.

